



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

El señor Keraban experimentaba hacía el mar una repugnancia, que su sobrino conocía muy bien. ¿Qué diría entonces, cuando se encontrase frente á aquel estrecho, si, á causa de las corrientes ó poca profundidad de las aguas, era necesario franquearle por su parte más ancha, estimada en veinte millas? ¿Y si rehusaba obstinadamente? ¿Y si pretendía remontar toda la costa oriental de la Crimea para seguir el litoral del mar de Azof hasta los primeros contrafuertes del Cáucaso? ¿Cómo se prolongaría entonces el viaje! ¿Cuánto tiempo perdido! ¿Cuántos intereses comprometidos! ¿Cómo iban á estar en Sentari para el día 30 de Setiembre?

Hé aquí las reflexiones que se hacía Ahmet mientras el carruaje rodaba, atravesando la península. Antes de las horas alcanzarían el estrecho, y sabría su tío á qué atenerse. ¿Convenía entonces prepararle á aquella grave eventualidad? ¿Pero qué indirecta tenía que emplear para que la conversación no degenera-

rarse en discusión, y la discusión en disputa? Si el señor Keraban se obstinaba, nadie le haría desistir de su idea, y de buen ó mal grado, obligaría al carruaje á tomar el camino de Kertsch.

Ahmet no sabía qué partido tomar. Si confesaba su astucia pondría á su tío fuera de sí. ¿No valdria más pasar por un ignorante, fingir la más perfecta sorpresa, encontrando un estrecho allí donde creía encontrar tierra firme?

— ¡Que Allah me ayude! — dijo Ahmet. Y aguardó con resignación á que el Dios de los musulmanes le sacase de aquel apuro.

La península de Kertsch está dividida por una zanja, construida en tiempos antiguos, y que se llama la muralla de Akos. El camino, que la sigue en parte, es bastante bueno desde la ciudad hasta el lazareto, y despues se convierte en difícil y escarpado, descendiendo en una rápida pendiente hasta el litoral.

Los caballos no pudieron andar muy deprisa du-

rante la mañana, lo que permitió á Van Mitten tomar algun apunte más completo de aquella porcion del Quersoneso.

En suma, era la estepa rusa en toda su desnudez. Algunas carabanas la atravesaban, viniendo á buscar algun abrigo á la muralla de Akos, acampando allí con todo el gusto pintoresco de una caravana oriental. Innumerables khourghans cubrian la campiña,

dándole el aspecto poco recreativo de un inmenso cementerio. Eran otras tantas tumbas que los antiguos excavaron hasta sus profundidades, y cuyas riquezas, jarrones etruscos, piedras raras, alhajas antiguas, adornan ahora las paredes del templo y los salones del Museo de Kertsch.

Hacia el mediodia apareció en el horizonte una gran torre cuadrada, rodeada de cuatro torrecillas; era



Algunas carabanas la atravesaban.

fuerte que se eleva en el Norte del pueblo de Jenikalé. Hacia el Sur, en la extremidad de la bahía de Kertsch, se dibujaba el cabo Au-Bouroum, dominando el litoral del mar Negro. Despues, el estrecho se dividia en dos picos, que forman la bahía de Taman. En lontananza, los primeros perfiles del Cáucaso, sobre la costa asiática, formaban como un inmenso cuadro en el Bósforo cimeriano.

Es muy cierto que aquel estrecho se asemejaba á un brazo de mar, y al verlo Van Mitten, que conocia las antipatias de su amigo Keraban, miró á Ahmet con un tono de sorpresa.

Ahmet le hizo una seña para que callase. Felizmente, el tío dormía entónces, y no veia nada de las agnas del mar Negro y del mar de Azof, que se confunden en aquel afluyente, cuya parte más estrecha es de cinco ó seis millas de ancho.

— ¡Demonio! — se dijo Van Mitten.

Era verdaderamente lástima que el señor Keraban no hubiese nacido cien años despues. Si su vida se hubiera hecho en esa época, Ahmet no hubiera tenido por qué estar inquieto, como lo estaba en aquel momento.

En efecto, aquel estrecho tiende á cerrarse, y es

bará, con la aglomeración de arenas formadas de políperos y conchas, por no ser más que un estrecho canal de rápida corriente. Si, hace cincuenta años, los vasallos de Pedro el Grande pudieron franquearle para ir á sitiar á Azof, por el contrario, ahora los buques mercantes se ven obligados á aguardar á que las aguas, rechazadas por los vientos del Sur, les den una profundidad de diez á doce pies.

Pero era el año 1882 y no el 2.000, y era necesario aceptar las condiciones hidrográficas tal como se presentaban.

El carruaje había descendido las pendientes, que concluyen en Jenikalé, haciendo volar á las avutardas, escondidas entre las altas hierbas. El carruaje se detuvo en la principal posada del pueblo, y el señor Keraban se despertó.

—¿Hemos llegado al relevo?—preguntó.

—¡Sí, al relevo de Jenikalé!—respondió sencillamente Ahmet.

Todos echaron pié á tierra y entraron en la posada, mientras que el coche iba á la casa de postas. Desde allí debía dirigirse al embarcadero, donde está la barca destinada á transportar á los viajeros, á pié, á caballo, en carreta, y aun en las carayanas que van desde Europa al Asia, ó viceversa.

Jenikalé es un pueblo donde se hace un lucrativo comercio de sal, de caviar, de sebo y de lana. Las pesquerías de esturiones y rodaballos ocupan una parte de su población, que es casi toda griega. Los marinos se dedican al pequeño cabotaje del estrecho y litoral vecino en ligeras embarcaciones, armadas de dos velas latinas. Jenikalé se encuentra en una importante situación estratégica, lo que explica por qué los rusos la han fortificado, después de habérsela quitado á los turcos en 1771. Es uno de los puertos del mar Negro, que en aquel punto tiene dos llaves de seguridad: la llave de Jenikalé por un lado, y la de Taman por el otro.

Después de media hora de descanso, el señor Keraban dió á sus compañeros la señal de partida, y se dirigieron hácia el embarcadero, donde les aguardaba el barco.

En seguida, las miradas de Keraban se dirigieron á derecha é izquierda, y lanzó una exclamación.

—¿Qué tenéis, tío?—preguntó Ahmet.

—¿Es un río eso?—dijo Keraban, mostrando el estrecho.

—¿En efecto!—respondió Ahmet, que creyó deber dejar á su tío en el error.

—¿Un río!..., exclamó Bruno.

Una señal de su amo le hizo comprender que no debía insistir en aquel punto.

—En efecto, es un..... dijo Nizib.

No pudo acabar. Un codazo de su compañero Bruno le cortó la palabra en el momento en que iba á calificar como merveja aquella disposición hidrográfica.

Sin embargo, el señor Keraban miraba á aquel río, que le cortaba el camino.

—¿Es ancho!—dijo.

—En efecto.... bastante ancho.... por causa de alguna crecida, probablemente—respondió Ahmet.

—Crecida.... debida al deshielo de las nieves—añadió

dió Van Mitten, para apoyar más á su joven amigo.

—¿El deshielo de las nieves.... en el mes de Setiembre?—dijo Keraban, volviéndose hácia el holandés.

—¡Sin duda.... el deshielo de las nieves.... de las antiguas nieves.... las nieves del Cáucaso!—respondió Van Mitten, que ya no sabía lo que se decía.

—Pero no veo puente que permita franquear este río—repuso Keraban.

—En efecto, tío, no hay.—respondió Ahmet haciendo de sus manos una especie de anteojos como para apereibir mejor el pretendido puente del pretendido río.

—Sin embargo, debía haber un puente—dijo Van Mitten.—Mi guía menciona la existencia de un puente....

—¿Ah! ¿Vuestro guía menciona la existencia de un puente?....—replicó Keraban que, frunciendo las cejas, miraba frente á frente á su amigo Van Mitten.

—Sí.... ese famoso puente—dijo balbuciendo el holandés—Ya sabéis.... el puente Euxino.... *Puente Euxino* de los antiguos.

—Tan antiguo—replicó Keraban cuyas palabras silbaban entre sus labios medio cerrados—que no habrá podido resistir á la crecida producida por las nieves.... las antiguas nieves....

—¿Del Cáucaso!—añadió Van Mitten que no encontraba ya nada que decir.

Ahmet estaba un poco retirado. No sabía lo que responder á su tío, no queriendo provocar una discusión inútil.

—Y bien, sobrino—dijo Keraban con un tono seco;—¿cómo harémos para pasar este río puesto que no hay puente?

—¿Oh, encontraremos un vado!—dijo negligentemente Ahmet.—Hay tan poca agua.

—Apénas hay con que mojarse los talones—añadió el holandés, que verdaderamente hubiera hecho mejor en callarse.

—Vamos, Van Mitten—exclamó Keraban—recogeos los pantalones, entrad en el río, y nosotros os seguiremos.

—Pero.... yo....

—¿Vamos.... recogeos, recogeos!....

El fiel Bruno creyó deber intervenir para sacar á su amo de aquel apuro.

—Es inútil, señor Keraban—dijo.—Pasarémos sin necesidad de mojarnos los piés; nos aguarda un barco.

—¿Ah! ¿Hay un barco?—respondió Keraban.—

Es verdaderamente feliz que se haya pensado en instalar un barco en este río.... para reemplazar el puente destruido.... ese famoso Puente Euxino.... ¿Por qué no habéis dicho ántes que había un barco? ¿Y dónde está ese barco?

—Hele aquí, tío—respondió Ahmet mostrando el barco amarrado al puerto.—Nuestro coche está allí dentro.

—¿Verdaderamente! ¿Nuestro coche está allí?

—Sí; y los caballos.

—¿Y los caballos? ¿Y quién ha dado orden?

—Nadie, tío—respondió Ahmet.—El maestro

de postas le ha conducido..... como está acostumbrado á hacerlo.....

—Desde que no hay puente, ¿no es eso?

—Desde entónces, tío; y por otra parte, no había otro medio de continuar nuestro viaje.

* —Había otro, sobrino Ahmet. Volviendo sobre nuestros pasos para dar la vuelta al mar de Azof por el Norte.

—¡Doscientas leguás de más, tío! ¿Y mi matrimonio? ¿Y el 30 de Setiembre? ¿Ya habeis olvidado el 30?

—No, sobrino, y ántes de ese día sabré estar de vuelta. ¡Partamos!

Ahmet fué presa durante un instante de la más viva emoción. ¿Iba á poner su tío en ejecución aquel proyecto insensato de volver sobre sus pasos á través



El barco se separó de la orilla.

de la península? ¿Iba, por el contrario, á colocarse, en el barco y á atravesar el estrecho de Jenikulé?

El señor Keraban se dirigió al barco. Van Mitten, Ahmet, Nizib y Bruno le seguían, no queriendo dar ningun pretexto á la violenta discusión que iba á estallar.

Keraban, durante más de un minuto, se detuvo en el malecon á mirar á su alrededor.

Sus compañeros se detuvieron.

Keraban entró en el barco.

Sus compañeros le siguieron.

Keraban subió al carruaje.

Los otros hicieron lo propio.

Despues el barco, una vez desamarrado, se separó de la orilla, y la corriente le dirigia á la costa opuesta.

Keraban no hablaba, y los demas imitaban su silencio.

Las aguas, felizmente, estaban tranquilas, y á los bateleros no les costó gran trabajo el dirigir su barco, ya usando los largos bicheros, ya las anchas paletas, segun las exigencias del fondo.

Sin embargo, hubo un momento en que se temió se produjese algun accidente.

En efecto, una ligera corriente, desviada por la flecha Sur de la bahía de Taman, habia cogido oblicuamente al barco. En lugar de dirigirse hacia aquel pico, amenazó llevarle al fondo de la bahía. Hubiesen tenido que franquear cinco leguas en vez de una, y el señor Keraban, cuya impaciencia se manifestaba visiblemente, iba tal vez á dar orden de volver atras.

Pero los bateleros, á los que Ahmet ántes del embarque habia dicho algunas palabras (la palabra rublo muchas veces repetida), maniobraron tan bien que dominaron la corriente.

Una hora despues de haber dejado el puerto de Jenikalé, viajeros, caballos y coche, desembarcaban en la extremidad de aquella punta meridional, que en ruso se nombra *Jaujita-Kossa*.

El carruaje desembarcó sin dificultad, y los marineros recibieron una suma respetable de rublos.

Otra vez, el pico formaba dos islas y una península, es decir, que estaba cortado en dos partes por un canal, y hubiese sido imposible atravesarlo en coche. Así es que el carruaje anduvo de una sola vez las cuatro verstas que separan el pico del pueblo de Taman.

Una hora despues, hacia su entrada en aquel pueblo, y el señor Keraban se contentaba con decir, mirando á su sobrino:

—Decididamente, las aguas del mar de Azof y las del mar Negro no hacen mal menaje en el estrecho de Jenikalé.

Aquello fué todo lo que dijo, y jamas se volvió á hablar ni del rio del sobrino Ahmet, ni del Puente Ruso del amigo Van Mitten.

XV.

EN EL QUE EL SEÑOR KERABAN, AHMET, VAN MITTEN Y SUS OBIADOS HACEN EL PAPEL DE SALAMANDRAS.

Taman no es más que una pequeña villa de un aspecto bastante triste, con casas poco confortables; sus chozas, descoloridas por la acción del tiempo; su iglesia, de mármol, cuyo campanario está constantemente rodeado de balcones.

El carruaje no hizo más que atravesar á Taman. Van Mitten no pudo visitar ni el puerto militar, que es muy importante, ni la fortaleza de Phanagorie, ni las ruinas de Tmontarakan.

Si Kertsch es griego por su población y sus costumbres, Taman, por el contrario, es cosaca. De aquí un contraste que el holandés no pudo observar más que al pasar.

El carruaje, tomando invariablemente por el camino más corto, durante una hora, siguió el litoral Sur de la bahía de Taman. Esto fué lo bastante para que los viajeros pudiesen reconocer que era un país extraordinario de caza (tal como no se encuentra otro en el globo).

En efecto, pelicanos, cormoranes y otros, sin contar las bandadas de ayudadas, se posaban en aquellos pantanos en cantidades verdaderamente increíbles.

—¡No he visto jamas tantas aves acuáticas!—dijo con razon Van Mitten.—Podría descargarse un fusil al azar sobre esos pantanos; y no se perdería un solo perdigon!

Aquella observacion del holandés no ocasionó ninguna discusion. El señor Keraban no era cazador, y, por otra parte, Ahmet pensaba en otra cosa.

No se cruzó entre los viajeros ni una sola palabra, hasta que una bandada de patos que, asustada por el carruaje, echó á volar en el momento en que dejaba el litoral á la izquierda para ir oblicuamente al Sud-Este, haciendo exclamar á Van Mitten:

—¡Hé ahí una compañía! ¡Hay todo un regimiento!

—¿Un regimiento? ¡Queréis decir un ejército!—replicó Keraban que se encogió de hombros.

—¡Es verdad, tenéis razon!—repuso Van Mitten.—¡Hay lo ménos cien mil patos!

—¡Cien mil patos!—exclamó Keraban.—¿Si dijeseis doscientos mil?

—¡Oh! ¡doscientos mil!

—Y aun diria trescientos mil, Van Mitten, y todavia no acertaria.

—Tenéis razon, amigo Keraban—respondió el holandés prudentemente, que no quiso excitar á su compañero á que le arrojase un millon de patos á la cabeza.

Pero, en suma, era él quien tenia razon. Cien mil patos es un buen número; pero no habia ménos en aquella prodigiosa nube de volátiles que proyectó una inmensa sombra sobre la bahía, destacándose ante el sol.

El tiempo era bastante bueno, el camino bastante llano. El tiro marchó rápidamente, y los caballos no faltaron en los relevos. Ya no habia más señores Saffar que alquilasen los tiros con anticipacion, y los viajeros avanzaban por el camino de la península.

Se nos olvidaba decir que la próxima noche la pasarían toda en correr hacia los primeros contrafuertes del Cáucaso, cuya masa aparecía confusamente en el horizonte. Puesto que la noche se habia pasado bien en el hotel de Kertsch, era natural que nadie pensase en abandonar el carruaje en treinta y seis horas.

Sin embargo, al anochecer, á la hora de comer, los viajeros se detuvieron delante de uno de los relevos, que al mismo tiempo era posada. No sabian lo que les pasaria en el litoral caucásico, y si encontrarían con qué alimentarse. Por lo tanto, era una prudencia para economizar las provisiones hechas en Kertsch.

La posada era mediana, pero los viveros no faltaban. Sobre este punto no tuvieron por qué quejarse.

Solamente señalaremos un detalle característico; el posadero, fuere desconfianza natural, fuere costumbre del país, hizo pagar adelantado, ó sea á medida del consumo.

Esto es, cuando trajo pan, dijo:

—Vale diez *kopeks* (L).

(1) El *kopek* es una moneda de cobre que vale cuatro céntimos.

Y Ahmet tuvo que dar diez kopeks.

Cuando trajeron los huevos:

— Son ochenta kopeks.

Y Ahmet tuvo que pagar los ochenta kopeks pedidos.

¡ Por los kwars, tanto! ¡ Por los patos, tanto! ¡ Por la saz, tanto!

Y Ahmet pagó sin replicar.

También fué preciso pagar por adelantado el mantel, las servilletas, los bancos, hasta los cuchillos, los vasos, los servilleteros, los tenedores y los platos.

Se comprende que aquello no podía tardar en excitar al señor Keraban, que acabó por comprar en conjunto todos los diversos utensilios necesarios para la comida, mas no sin grandes objeciones, que el posadero recibió con una impasibilidad digna del mismo Van Mitten.

La comida terminada, Keraban devolvió los objetos, que le tomaron con un cincuenta por ciento de pérdida.

— ¡ Es raro que no nos haga pagar la digestión! — dijo. — ¡ Qué hombre! Es digno de ser ministro de Hacienda del Imperio otomano. ¡ Hé aquí uno que sabría hacer pagar á buen precio cada golpe de remo de los cañques del Bósforo!

Pero se había comido bastante bien; era lo importante, como hizo observar Bruno, y partieron cuando era ya de noche, una noche sombría y sin luna.

Es una impresión bastante particular, aunque no desprovista de cierto encanto, el sentirse trasportado al trote sostenido de los caballos, en medio de la oscuridad más profunda, á través de un país desconocido, donde los pueblos se hallan muy léjos unos de otros, algunas granjas diseminadas en la estepa y á grandes distancias. Los cascabelos de los caballos, el acompasado é irregular choque de sus cascos sobre el suelo, el reclinar de las ruedas sobre la superficie de los terrenos arenosos, sus choques con los baches de los caminos, frecuentemente humedecidos por las lluvias; los chasquidos del látigo del postillon, el resplandor de las linternas, que se pierde en las sombras, cuando el camino es llano, ó se fijan vivamente en los árboles, en las piedras ó en los postes indicadores, colocados en los terrenos dispuestos para traspasar, todo esto constituye un conjunto de ruidos ó visiones rápidas, á los que pocos viajeros pueden permanecer insensibles. Aquellos ruidos se oyen, aquellas visiones se distinguen, á través de una semi-oscurencia, que le presta un carácter algo fantástico.

El señor Keraban y sus compañeros no pudieron resistir á aquel sentimiento, cuya intensidad es por instantes más grande. Á través de la ventanilla anterior del cupé, con los ojos medio cerrados, miraban las sombras del carruaje, sombras caprichosas, desmesuradas, que se movían, se destacaban hácia la parte del camino vagamente iluminado que tenían que recorrer.

Debían ser cerca de las once de la noche, cuando un ruido singular les sacó de su sopor. Era una especie de silbido, comparable al que produce el agua de Seltz al escaparse de la botella, pero disipada, se

hubiera dicho que alguna caldera dejaba escapar su vapor comprimido por el tubo de escape.

El tiro se había detenido. El postillon no gustaba maltratar á sus caballos. Ahmet, queriendo saber lo que atenerse, bajó rápidamente los vidrios y se inclinó hácia fuera.

— ¿ Qué es lo que hay? ¿ Por qué no marchamos? — preguntó. — ¿ De qué proviene ese ruido?

— Son los volcanes de lodo — respondió el postillon.

— ¿ Los volcanes de lodo? — exclamó Keraban. — ¿ Quién ha oído jamas hablar de los volcanes de lodo? ¡ Verdadamente es un bonito camino el que nos has señalado, sobriano Ahmet!

— Señor Keraban, vos y vuestros compañeros haréis bien en bajar — dijo el postillon.

— ¡ Bajar, bajar!

— Sí.... Os suplico que sigáis al carruaje mientras que atravesamos esta region, porque yo no soy ahora dueño de los caballos, y podrían desbocarse.

— Vamos — dijo Ahmet — este hombre tiene razon. Es necesario bajar.

— Son cinco ó seis verstas que andar — añadió el postillon — quizás ocho, pero nada más.

— ¿ Os decidis, tío? — repuso Ahmet.

— Bajemos, amigo Keraban — dijo Van Mitten. — ¿ Volcanes de lodo?.... ¡ Es necesario ver lo que es eso!....

El señor Keraban se descidió, no sin protestar. Todos echaron pié á tierra; despues, marchando detras del carruaje, que no andaba más que al paso, le siguieron á la luz de las linternas.

La noche era extremadamente sombría. Si el holandés esperaba ver, por poco que fuese, los fenómenos naturales señalados por el postillon, se engañaba; pero respecto á aquellos silbidos singulares que llenaban el aire de un sordo rumor, hubiese sido difícil no oírlos, á ménos de tener obstruidos los oídos.

En suma, si hubiese sido de dia, hé aquí lo que hubiera visto: una estepa cubierta, en una gran extension, de pequeños conos de erupcion, parecidos á esos enormes hormigueros que se encuentran en ciertas partes del África ecuatorial. De aquellos conos escapán materias gaseosas y bituminosas, efectivamente designadas con el nombre de volcanes de lodo, aunque la accion volcánica no interviene de ninguna manera en la produccion del fenómeno. Únicamente es una mezcla de fango, solenito, calizo, gresita y petroleo, que bajo la influencia del gas hidrógeno carbonado, otras veces fosforado, sale con cierta violencia.

Aquellas tumergencias que se elevan poco á poco se cuen para dejar salir la materia eruptiva, y se abaten en seguida, cuando aquellos terrenos terribles de la península se limpian en un espacio de tiempo más ó ménos largo.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POE

LUIS BOUSSENARD.

—Esta hornuiga flamenco es buena—dijo entonces Casimiro cogiendo sin tardanza una larga espina de *cunanan* y pinchando con ella las ampollas, de las que brotó un chorro de un liquido verdoso. De buena gana hubiera aplicado sobre la herida un poco de algodón impregnado de aceite de palmera, pero no se atrevió por temor de comunicar su lepra.

—¡Está bueno.... bueno.... tambien!

Robin recobró el conocimiento ó, por mejor decir, sucedió una rápida somnolencia á su estado comatoso. Apenas pudo dar gracias, balbuceando, y se durmió.

El pobre negro habia realizado un verdadero milagro. Los elementos de aquella maravillosa cura, cuyo resultado habia sido inmediato, eran muy sencillos. Un remedio vulgar de curandera. La picadura de las hornuigas-flamencas es atrozmente dolorosa. Tal es la propiedad particular del veneno que conduce su aguijón que produce en el acto el efecto de un vejigatorio. El epidérmis se levanta instantáneamente como si estuviera sometido á una compresión de agua á cien grados. Los fenómenos son idénticos á los que resultan de la aplicación de las cantaridas.

Al despertar, una buena infusión de hojas de batoto completó aquel tratamiento tropical, cuyo efecto fué tan satisfactorio, que veinticuatro horas después, y aunque muy débil, se hallaba el enfermo fuera de peligro.

¿Quién habia enseñado al anciano negro aquel sistema que se acerca de tan singular manera al que emplean nuestros prácticos? Por qué, después de todo, el vejigatorio producido por una hornuiga, ¿es inferior al de la cantarida, y la infusión de batoto es menos eficaz que la de quinaína?

¿Qué maravillosa aproximación se puede establecer entre el resultado obtenido por salvajes que han estudiado el libro de la Naturaleza y los sabios que han aprendido estudiando las obras de Patología!

Sustraído, por fin, el fugitivo á la influencia de la *malaria* ecuatorial, estaba salvado. La crueldad de la Naturaleza se hallaba vencida; pero el odio de los hombres vigilaba.

Cuatro dias habian trascorrido, cuando Casimiro, ausente durante algunas horas, volvió sobrecogido y gritando:

—Señor, los divisado á lo léjos hombres blancos que vienen contra nosotros.

—¡Ah!..... dijo Robin, en cuyos ojos brilló un relámpago.... blancos.... enemigos.... No hay algun indio con ellos.

—Si, Kalina.

—¡Bien! Estoy muy débil, pero me defenderé. No tendrán más que mi cadáver, ¿comprendes?

El fugitivo empuñó su machete harto pesado para su débil brazo; luego, conociendo los recursos que tenía en reserva su viejo compañero, se ocultó en un manton de hojas verdes y esperó!

No tardaron en oírse algunos pasos rápidos, y una voz ruda, acompañada del ruido que producen las llaves de un fusil.

La fórmula empleada por los recién llegados, siembra en un país civilizado, era lúgubre y grotesca al mismo tiempo en semejante sitio:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

Sin esperar el negro la segunda intimación abrió la puerta muy despacio, y mostró su asquerosa cara.

Su vista produjo en los blancos el efecto que una serpiente de cascabel. En cuanto al indio, que no aguardaba tal encuentro, permaneció por un momento estupefacto.

—Entrad—dijo Casimiro procurando dar á su rostro una expresión de afectuosa cordialidad que terminó en una horrible mueca.

—Es un leproso—dijo uno de los recién llegados, que llevaba el uniforme de los vigilantes militares. —No seré yo el que entre en esa cabaña para llenarme de níguns y de garrapatas ó para atrapar la lepra que le devora.

—¿Entonces á qué habeis venido!

—Jamás entraré. Debes estar podrido, y ahí dentro todo destila lepra. Es imposible que se haya refugiado en tu cabaña el presidiario.

—Quién sabe—interrumpió el segundo vigilante. —No hemos venido para volvernos con las manos vacías.... Tomando algunas precauciones.... Ea, no somos niños....

—Como quieras.... yo me bato en retirada.... además tengo las piernas doloridas, y el aire sólo de ese estorcedero bastaría para envenenarme.

—Yo iré—dijo el indio, pensando en la recompensa y en los innumerables vasos de aguardiente que con ella podría comprar.

—Yo también, pardiez—replicó al vigilante.—
Después de todo, no he de morir por eso.

—Muy bien—dijo el negro manifestando su alegría.

El sotaómitre fué el primero que penetró, sable en mano, en el humilde recinto mal iluminado por algunos rayos que pasaban á través del enrejado de las paredes.

El Piel-Roja le siguió andando sobre las puntas de los pies. El único mueble de la choza era una hamaca colgada. En el suelo había varios groseros utensilios, cuías, alcarrazas, un rallador para yuca, un mortero, un mazo de madera negra y una placa circular de hierro fundido.

En un rincón, un lecho de hojas de macupí, una buena cantidad de panajas y varias galletas de pasabe. Esto era todo.

—Y ahí debajo—gruñó el vigilante—señalando con la punta de su machete al montón de hojarasca, ¿hay algo oculto?

—No sé—dijo el negro con acento estúpido.

—¡Ah! ¿No lo sabes? Voy á verlo.

Al decir esto levantó el brazo como para hincar la punta del machete á través de las hojas.

Oyóse un silbido aunque poco intenso, y el vigilante, lleno de terror, permaneció con la mano levantada, la punta del machete hácia abajo, la pierna extendida y en la postura de un maestro de esgrima que enseña una estocada en segunda.

Estaba como petrificado. El indio seguía fuera de la choza sin poder disimular su espanto y parecía haber olvidado completamente los tragos del porvenir.

—¡Aye-aye!—berreaba—; aye-aye! y su acento indicaba un terror espantoso.

El vigilante tardó más de un minuto en recobrar su presencia de ánimo.

El leproso, inmóvil también, le miraba con una expresión diabólica.

—¿Por qué no seguís buscando?

El sonido de la voz humana le hizo dar un salto.

—¡Aye-aye!—murmuró con voz extraña—; es un aye-aye! y su vista no se apartaba de dos puntos que relucían en un pequeño paquete negruzco enrollado como un cable.

—Un movimiento brusco y estoy muerto.

—Vámonos.

Y despacio, muy despacio, con infinitas precauciones, recogió la pierna derecha, retiró la izquierda, echóse hácia atrás, tratando de llegar á la puerta.

En el momento de lanzar un suspiro de satisfacción oyó un segundo silbido sobre su cabeza. Erizóronse sus cabellos pareciéndole que la raíz de cada uno era una punta enrojecida.

Después un objeto largo, delgado, se deslizó lentamente desde una viga con un susurro de escamas que rozan unas con otras.

Levantó la cabeza y por poco se cae de espaldas al ver á diez pulgadas de su rostro una serpiente, con la boca abierta, que, asida por la cola, se disponía á clavar en su cara sus envenenados colmillos.

Loco por el terror, dió un salto atrás dirigiendo un sablazo al terrible ofidio. Felizmente para él, la hoja

de acero alcanzó al animal decapitándolo completamente.

Atravesó el umbral de la puerta con la ligereza de un clown que rompe el aró de papel; pero no sin empezar con una tercera serpiente que se arrastraba agitando los córneos anillos de su cola.

Aquella escena apenas duró un minuto. El negro, do vigilante, alarmado por los gritos del indio se quedó asombrado al ver á su compañero pálido, cubierto de sudor, con el rostro contraído por el miedo y próximo á desfallecer.

—¿Y qué?—preguntó con breve acento.—¿Qué hay ahí? Vámonos, habla.

—Está lleno.... de serpientes.... ahí dentro.... ¡al bucéo débilmente.

El negro salía al mismo tiempo de la choza con toda la rapidez que le permitía su pierna atacada por la elefantiasis.

También parecía estar aterrizado.

—¡Ah! señor.... Muchas serpientes ahí dentro.... Está llena la choza.

—Pero ¿no vives en ella?

—Sí señor, un poco.

—¿Cómo se explica que pulden las serpientes? Generalmente anidan en las cabañas abandonadas.

—No sé.

—¿No sé, no sé! Me parece que sabes muchas cosas aunque aparentas ignorarlas.

—Yo no he traído las serpientes.

—En cuanto á eso, te erro. Y para que no te ocurra nada durante la noche voy á prender fuego á tu guarida. Los habitantes que tiene son muy peligrosos.

El negro tembló. Si ardía la cabaña se abrasaba se húsped, y con verdadero acento de dolor imploró la compasión de los vigilantes.

Dijo que era un pobre hombre, muy viejo y enfermo. Nunca había hecho daño á nadie y su choza era lo único que poseía. ¿Dónde encontraría un abrigo en adelante? Sus débiles brazos no podrían construir otro.

—Después de todo, tiene razón—replicó el que había entrado en la cabaña, y que muy satisfecho por el desenlace de su aventura, no deseaba más que marcharse de aquel sitio.

—Es indudable que nuestro hombre no vive con semejantes vecinos. El indio se ha burlado de nosotros y una de dos: ó Robin está muy lejos, ó ha muerto.

—Esa es la verdad, y nosotros hemos hecho lo que hemos podido.

—Si quieres creerme, no debemos permanecer aquí ni un momento más.

—Tienes razón. Dejemos al negrillo que se entienda como pueda con sus inquisitos, y desfilemos.

—¡Hola! ¿Y el indio?

—El indio nos ha hecho ir al peligro y él se ha puesto en salvo.

—Si alguna vez le atrapo, ya verá lo que es bueno....

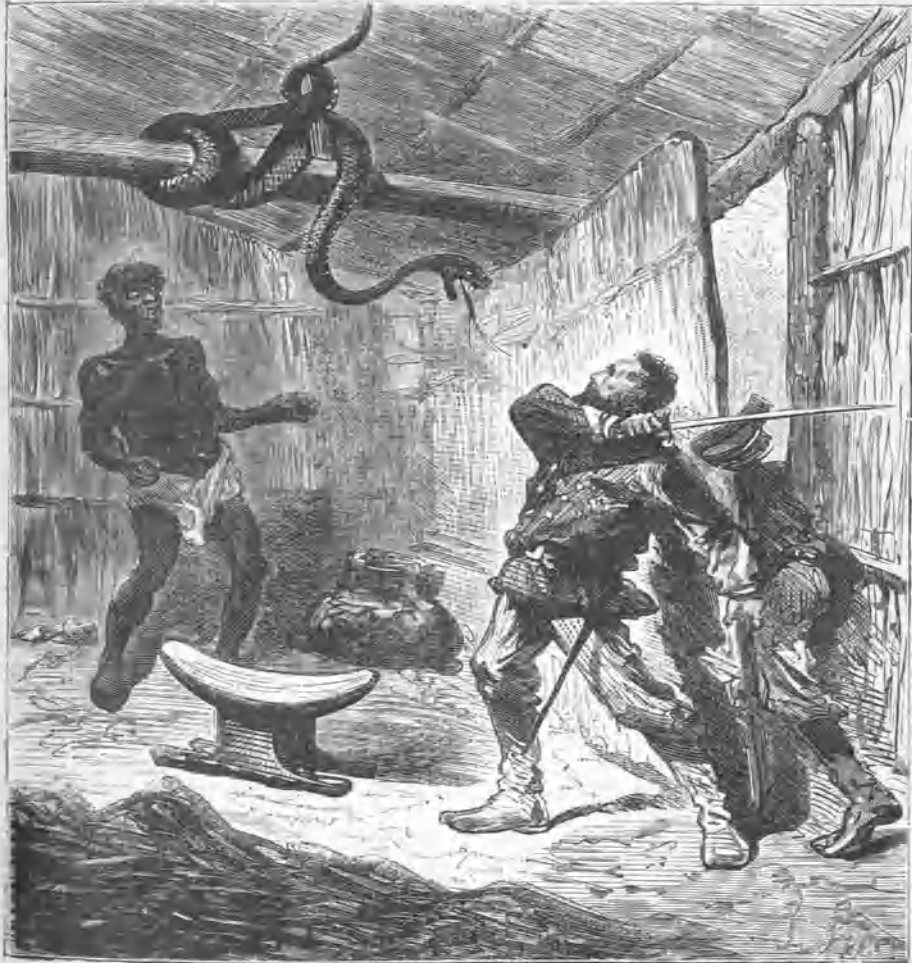
Los vigilantes aceptaron filosóficamente su deserción, volvieron á emprender el camino y desaparecieron.

Casimiro miraba cómo se alejaban riéndose diabólicamente.

— ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... la serpiente aye-aye y la serpiente hoicinenga son muy buenos animalitos.

Entró en la choza silbando muy despacio. Se oyeron algunos estremecimientos imperceptibles; y luego cesó el ruido.

No había otro indicio de la presencia de los reptiles más que un fuerte olor de almizcle.



Una serpiente con la boca abierta.

— ¡Eh! compadre — dijo alegremente, — ¿qué tal va?

El fugitivo sacó con lentitud su pálida cabeza, y luego arrastró su cuerpo, haciéndole salir con gran trabajo del hoyo en que acababa de pasar un cuarto de hora de mortal angustia.

— ¿Se han marchado?

— Sí, compadre, ya se han ido y no muy contentos. Ha tenido miedo, mucho miedo.

— Pero ¿qué has hecho para hacerles huir? He oído que daban gritos de terror.... Además, ese olor de almizcle....

El leproso contó entonces á su huésped que era domesticador de serpientes. Sabía llamarlas y hacerlas venir; no tan sólo podía tocarlas impunemente, sino que nada temía de sus mordeduras en el caso de que aquellos salvajes visitantes pusiesen en ejercicio sus mandíbulas.

En cuanto á la inmunidad de Casimiro, se explicaba por haber sido purificado por el Sr. Oleta, un blanco muy conocido en la Guayana, el cual por medio de bebidas y de inoculaciones sabía hacer completamente inofensiva la mordedura de todos los reptiles.

—He llamado á las serpientes cuando han venido los blancos. Como los blancos no están purificados, han salido aquéllas, y les han obligado á huir.

—¿Y si me hubiera mordido alguna?

—¡Oh! No hay cuidado. Yo os he puesto debajo de estas hierbas, que no agradan á las serpientes. No vienen por aquí (1).

—Ahora, quedaos quieto. El indio ha marchado hacia el bosque. Está furioso. Ya no tendrá recompensa, ni aguardiente, y sabrá á qué atenerse.

El buen hombre no se equivocaba.

Seis horas después del siso de los vigilantes y de su precipitada huida, Atucka volvió á merodear descaradamente al rededor de la cabaña.

—¡Mal hombre! Me has impedido que cogiera al tigre blanco.

—Véte, mal indio —respondió Casimiro, escupiendo desdeñosamente. ¡No vales nada! Si vuelves á acercarte á la cabaña, el viejo leproso te hará un sortilegio.

Al oír esta palabra, el indio, que era supersticioso como todos los de su raza, huyó cual un kariaku perseguido por el tigre.

CAPÍTULO IV.

Proyectos insensatos, pero realizables.—La lepra no es contagiosa.—Construcción de una cabaña.—La Esperanza.—Desembarco de un indio.—El cadáver del forzado.—Una perla en el fango.—Carta de Francia.—¡Demasiado tarde!—¡Manos á la obra!—Lo que ocurrió el 1.º de Enero de 185... en una bohardilla de la calle de Saint-Jacques.—La familia del proselyto.—Comovedoras ideas de un obrero parisiense.—Misericordia y orgullo.—Niños que lloran como hombres.—Recuerdo al desterrado.—Felicitaciones de Año Nuevo.—Inquietud, angustia y misterio.—Los Robinsones en la Guayana.

En su aventurera correría, y á pesar de aquella serie de incidentes de todas clases, no se desvió mucho Robin del camino que se había trazado.

No quería separarse del Maroni, que forma el límite de las dos Guyanas, y había conseguido mantenerse en la dirección Nordeste que lleva este río desde su desembocadura hasta el quinto grado de latitud Norte.

Desprovisto de instrumentos de precisión, no podía estimar sino aproximadamente ya la distancia recorrida, ya el punto en que se hallaba. Trataba sobre todo de seguir la línea del Maroni, la gran arteria

(1) Testigos dignos de fe me han referido varios hechos análogos. El siguiente entre otros, me ha sido comunicado por uno de los más elevados funcionarios de la Guayana, ante cuya vista ocurrió. Se acababan de coger dos trigonocéfalos enormes. El Sr. Oleta, de quien antes he hablado, pasó por casualidad y suplenchó la excelente ocasión que se le ofrecía para dar á conocer la eficacia de su específico. Lleváronle dos perros de diferentes tamaños, y ambos fueron mordidos por las serpientes.

—¿Cuál de los dos perros que salvo?—preguntó Oleta.

Le indicaron uno. En el acto le hizo absorber su borbolla, le inoculó algunas gotas de ella debajo de la piel, y al cabo de un cuarto de hora se recuperó el animal completamente curado, mientras su compañero espiraba en medio de horribles convulsiones. Ann hay más. Oleta se dejó morder por una de las serpientes igualmente designada al caso y no experimentó malestar alguno. Más de cien personas asistieron al experimento que se verificó en la calle de Choiseul. El Sr. Oleta ha conseto hacer unos diez años, dejando su receta á su hijo. He visto á este último en Remite. Ya tendrá ocasión de volver á hablar de él.

navegable, que tarde ó temprano le serviría de vía de comunicación con los países civilizados.

Su compañero era incapaz de darle informes. Al pobre hombre le importaba poco estar aquí ó allí; lo esencial para él era subvenir á su misera existencia. Sabía confusamente que el río debía encontrarse á cuatro jornadas al Poniente; hasta esto llegaban sus conocimientos. Ignoraba hasta el nombre del arroyo cuyas aguas fertilizaban aquel valle.

Robin conjeturaba que era el arroyo Sparvine, si su sospecha fuese exacta, la estancia con el leproso no le ofrecía ninguna seguridad. La administración penitenciaria acababa de establecer en la desembocadura de aquel río un tajo para la explotación de la madera. Una brigada de deportados se había domado en aquel punto. ¿Quién sabe si de un momento á otro alguno de sus antiguos compañeros, ó quizás un vigilante, aparecía inopinadamente en el claro del bosque?

Había recobrado el vigor y con él la necesidad irresistible de conservar á toda costa la libertad conquistada con tan terribles sufrimientos.

Hacia ya un mes desde que sus enemigos fueran derrotados por el cuerpo de ejército de reptiles, cuyo comandante era Casimiro, y se había acostumbrado á aquella vida tranquila, cuya profunda calma fortalecía su alma y su cuerpo, quebrantados en el infierno del presidio.

Pero la idea de su familia no se apartaba de su imaginación. Cada día, cada hora estaba ocupada por el triste al par que dulce recuerdo de los seres queridos. Todas las noches le asaltaba aquella rana y dolorosa pesadilla.

¿De qué modo les participaría que había sonado la hora de la libertad? ¿Cuándo volvería á verlos? ¿Cómo les daría una sencilla señal de existencia, sin exponerse al peligro más cruel?

Las más locas ideas, los proyectos más irrealizables se presentaban á su espíritu. Ya quería llegar á la orilla holandesa; cruzar toda la posesión é ir á Demerara, capital de la Guayana inglesa. Allí podría encontrar trabajo para atender á sus primeras necesidades, y luego tomar el pasaje á bordo de un buque que zarpara con rumbo á Europa y en el cual se embarcaría como marinero.

Pero los razonamientos de Casimiro habían reducido á la nada este quimérico proyecto. Indudablemente sería detenido por los holandeses, y en caso contrario, no tenía probabilidad alguna de llegar á la colonia inglesa, con la que no tiene Francia tratado de extradición.

—Si, por otra parte, subiese por el Maroni, estoy seguro, según los mapas de La Blond, que su base principal el Ana corresponde á la cuenca del Amambas. ¿No podría bajar por el Yarry ó cualquier otro afluente hasta el Brasil?

—Esperad un poco.

—Si, mi buen Casimiro, esperaré... el mejor tiempo posible. Haremos provisiones, construiremos una canoa y nos iremos juntos.

—Está bien.

Solamente después de amplios debates fué cuasido

Robín consintió en asociar al anciano á los azures de su empresa. Y no porque temiese su contacto y el contagio que de él pudiera resultar. Lójos de eso. No tenía derecho á especular con el profundo afecto de que le dió pruebas el desheredado desde el primer día, para obligarle á abandonar el eden embellecido por sus manos mutiladas, aquel refugio de solitario, aquellas sencillas costumbres de avacoreta, aquella tranquila existencia de libertad ilimitada.

¡Ah! Robín no era egoísta. Pagaba de todo corazón el afecto que le demostraba el anciano, y hacía todo cuanto le era posible para endulzarle aquel pedazo de existencia.

Pero tanto insistió Casimiro, que no tuvo más remedio sino que decir que sí. El leproso había llorado de alegría, poniéndose de rodillas para dar gracias á su compadre el blanco.

Con un movimiento irreflexivo, con uno de esos gestos ordenados por el corazón, el deportado le levantó del suelo.

— ¡Ah! — dijo dolorosamente el anciano. — Me habeis tomado, quedaréis contagiado por la lepra.

— No, Casimiro, no tengo temor alguno. Me considero feliz por haber estrechado tu mano, honrada y querida criatura que no existes sino para hacer el bien....

— Créeme, amigo mío, tu enfermedad es ménos contagiosa de lo que parece. He estudiado mucho en Francia, y sé que muchos médicos y grandes sabios llegan hasta afirmar que no se comunica.

Algunos que ejercen su profesion en países donde es endémica esa dolencia, pretenden que se puede limitar sus progresos apartándose de los sitios en que se ha contraído. Hé aquí un doble motivo para que te lleve conmigo adonde quiera que vaya.

Casimiro no entendió más que una cosa, y fué que su blanco no le abandonaría. Además, le había estrechado la mano, cosa que no le sucedía desde quince años atrás. Es inútil, por consiguiente, describir la emoción que le embargó.

Desde aquel momento se afirmaron en la idea de Robín. Construirían una canoa muy ligera, de poco calado, llenándola con la mayor cantidad posible de provisiones, que se componrían esencialmente de harina de yuca y de pescado seco.

Cuando estuviese lista la embarcación bajarían por el arroyo solamente de noche, y durante el día ocultarían la piragua entre los bojucos y las plantas que cubren sus orillas, descansando los hombres debajo de los árboles.

Cruciarían el Maroni, remontarian su curso hasta encontrar un afluyente considerable que cortase la punta de la Guayana holandesa comunicando con la cuenca del Essequibo, importante río de la colonia inglesa.

Una vez allí estarían en salvo, pues Georgestown ó Demerara se halla cerca de la desembocadura de aquella corriente.

Tal era el conjunto de aquel proyecto colosal, salvo las modificaciones ulteriores que resultasen de los acontecimientos. En cuanto á las dificultades casi insuperables, los dos hombres las habían enumerado por fórmula, no ocupándose más de ellas.

Abundaban las provisiones y bastaría recoger productos vegetales, almacenándolos en tiempo oportuno. Quedaba la cuestion de embarcación. Una canoa de corteza no sería suficiente para realizar aquella travesía. Su impermeabilidad estaba muy lójos de ser perfecta, y las provisiones, supremo recurso de los fugitivos, quedarían facilmente averiadas. Además, no podría resistir á los choques y sobresaltos que resultarían de una navegacion á través de las rápidas corrientes que abundan en los ríos de la Guayana.

Quedó resuelto que la piragua se construiría segun el modelo de la de los bosh y bonis; de una sola pieza, en el tronco incorruptible é impermeable del bamba, aguda y reforzada en sus extremos, sería susceptible de navegar hácia adelante y hácia atras, y tanto la proa como la popa, macizas en una longitud de cincuenta centímetros, podrían chocar impunemente contra las rocas. Tendría cinco metros de longitud, y llevaría, además de ambos tripulantes, cerca de quinientos kilogramos de provisiones.

Lo primero era buscar un árbol que reuniese las condiciones apetecidas, es decir, ni demasiado grande ni muy pequeño, de mediana edad, sin nudos ni hendiduras, y sobre todo, que estuviese próximo al arroyo y al cerado.

Se necesitaron dos días de penosas investigaciones á través de aquellos gigantescos árboles de la Guayana, que, como es sabido, no viven en familia y están esparcidos acá y acullá en zonas inmensas.

Encontróse por fin el individuo, y fué declarado «bueno, bueno» por Casimiro, ingeniero jefe de la construccion naval. Psiéronse á la obra en el acto, pero avanzaba con mucha lentitud.

El anciano solitario no tenía más que un hacha de pequeñas dimensiones, cuyo corte rebotaba sobre las tenaces fibras del bamba, practicando ligeras entalladuras.

Por fortuna, conocía Casimiro á fondo todos los recursos de los habitantes del bosque. Puesto que el hierro era insuficiente, se apelaría al fuego. Encendióse una hoguera al pié del árbol, que se inflamó lentamente, ardiendo durante cuarenta y ocho horas y cayendo por la noche con terrible estrepito.

Casimiro, que se despertó al oír el ruido, se movió en su hamaca gritando alegremente:

— Compadre, ¿habeis oído?... Bueno.... ya cayó.... crac.... cranaac....

Robín no pudo volver á dormirse.

— Está bien; ése es el principio de nuestra libertad. Carecemos de instrumentos para hacer la canoa, pero....

— Oh! — interrumpió el negro — los bosh y los bonis no tienen útiles y fabrican sus canoas con auxilio del fuego....

— Ya lo sé; vacian sus piraguas mediante el fuego, y en seguida las afinan con el machete ó con piedras cortantes, pero yo tengo una cosa mejor que todo eso.

— ¿Qué teneis, compadre?

— Tú posees un azodon, ¿no es verdad? un buen azodon; pues bien, voy á afilarle convenientemente y poniéndole un mango sólido, tendremos una magnífica azuela. Con este instrumento, un compromiso

á hacer una hermosa pirogua tanto en el interior como en el exterior.

—¡Eso es, compadre, eso es!—dijo el negro alborozado.

Dicho y hecho. Despues de adaptar el azadon para

su nuevo uso, se dirigieron los dos hombres á su taller.

Cada uno llevaba su provision para el dia, y mientras caudaban departian alegremente.

—Ya lo ves, Casiquiro—decia Rolán, que se habia



Quedó como piraguero.

hecho más comunicativo desde que su vida tenía un objeto y su realización se aproximaba; ya lo ves, ántes de un mes nos marcharemos. Pronto estaremos lejos de aquí, en un país libre. Ya no seré una fiera acorralada, ni un forzado perseguido.... Ya no seré la raza de los indios ni de los solacómicos.... ¡Ya no seré el *figre blanco*!

—Eso es, compadre, eso es—decia el leproso, feliz con la dicha de su amigo.

—Ademas, volveré á ver á mi esposa, á mis hijos queridos. Olvidaré en un instante los tormentos del pasado.... Borraré con un beso el recuerdo del presidio.... ¡Los estrecharé entre mis brazos... los veré...

los oír!; Ah! Esta confianza me comunica una fuerza hercúlea. Me siento capaz de hacer pedazos todo el bosque. Tú verás cómo vacio la canoa.... esa canoa que es mi esperanza.... ¡Hola! ya tiene nombre, se llamará la *Esperanza*.

En este momento llegaron al claro formado por la caída del bamba, que habia arrastrado consigo varios árboles. Un hermoso rayo de sol pasaba por la destrozada bóveda, y la base del árbol aun despedía humo.

—¡Ea! manos á la obra!.... mi....

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA.

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Aunque la casualidad me deparase uno bueno, volvía á experimentar un cambio. Después de mi nodriza, Vitalis. Después de Vitalis, otro. ¿Estaría así toda mi vida? ¿No encontraría nunca una persona á quien amar siempre?

Insensiblemente había llegado á mirar á Vitalis como á un padre. Pero nunca le tendría. Ni sabía lo que es familia.

Siempre solo en el mundo. ¡Perdido siempre en el dilatado espacio de la tierra, donde no me podía fijar en parte alguna!

Hubiera podido contestar muchas cosas, pero las palabras subían desde el corazón á los labios, y una vez en ellos, eran repelidas.

Mi amo me había pedido valor y resignación; quise obedecerle y no aumentar su pena.

Pero ya no estaba á mi lado, y como si teniese oír lo que iba á responderle, había apresurado el paso adelantándose bastante á mí.

Siguiéndole de cerca, no tardamos en llegar á un arroyo que cruzamos por medio de un puente lleno de un lodo como nunca había visto; la nieve, negra como el carbón, cubría el empedrado con una capa movediza en la que nos hundíamos hasta los tobillos.

Á la terminación del puente se encontraba un pueblo de estrechas calles, y luego volvía á comenzar el campo; pero un campo salpicado de casas de miserable aspecto.

En el camino se sucedían y se cruzaban los carruajes sin interrupción. Me acerqué á Vitalis marchando á su derecha, y *Capi* nos seguía inmediatamente.

Pronto se acabó el campo y nos encontramos en una calle cuyo fin no se veía; á uno y otro lado, á lo lejos, por todas partes casas pobres, sucias y mucho menos bonitas que las de Burdeos, Tolosa y Lyon.

La nieve había sido amontonada de trecho en trecho, y sobre aquellos negros y duros montones habían cebado cenizas, legumbres y basuras de todas clases; el aire estaba saturado de olores fétidos, y los niños que jugaban á la puerta de las casas, tenían febril el semblante, evitando á cada momento y sin ningún temor los pesados carruajes que circulaban sin cesar.

—¿En dónde estamos?— pregunté á Vitalis.

—En Paris, hijo mío.

—; En Paris!.....

¿Era posible! ¿Estábamos en Paris! ¿Dónde estarían las casas de mármol? ¿Dónde estarían los trascuentes vestidos de seda? ¿Cuán fea y miserable era la realidad! ¿Era aquello el Paris que yo había deseado ver con tanto empeño? ¡Ah! ¡Si, aquel era! Allí debía pasar el invierno separado de Vitalis..... y de *Capi*.

CAPÍTULO XVII.

UN AÑO DE LA CALLE DE LOURCINE.

Por más que me parecía horrible todo lo que veíamos, abrí los ojos y casi olvidé la gravedad de mi situación para mirar en torno mío.

Cuanto más avanzábamos hacía el interior de Paris, ménos correspondía lo que observaba á mis sueños infantiles y á mis fantásticas esperanzas: los arroyos estaban helados; el lodo, mezclado con nieve y trozos de hielo, era cada vez más negro, y en los puntos en que se hallaba líquido, saltaba bajo las ruedas de los carruajes en forma de placas gruesas que se adherían á las portadas y á los cristales de las casas ocupadas por tiendas sucias y miserables.

Decididamente Paris valía ménos que Burdeos.

Después de haber andado mucho tiempo por una calle ménos asquerosa que las que habíamos pasado y en la cual eran las tiendas más grandes y más bellas á medida que bajábamos, volvió Vitalis á la derecha, y bien pronto nos encontramos en un barrio de extremada pobreza; las casas, negras y elevadísimas, parecían unirse por sus aleros; el arroyo, deshelado, iba por medio de la calle, y una compacta multitud circulaba por el repugnante pavimento, sin cuidarse de las inmundas aguas que por el albañal corrían. Nunca había visto rostros tan pálidos como los de aquella gente, ni atrevimiento parecido al de los chiclelos que iban y venían entre los trascuentes. En las tabernas, muy numerosas por cierto, veíase á unos mostradores cubiertos de zinc.

En la esquina de una casa leí el nombre de la calle de Louroine.

Vitalis, que parecía estar muy seguro de su itinerario, apartaba suavemente á los grupos que le impedían el paso, siguiéndole yo de cerca.

—Ten cuidado, y no te separes de mí— me había dicho.

Pero la recomendación era inútil; iba pisándole los

talones, y para mayor seguridad, me había cogido á su zamarrá.

Después de atravesar un gran patio y un corredor, llegamos á una especie de sótano verdoso y sombrío, en el que seguramente nunca había penetrado el sol. Aquel lugar era mucho más feo y más espantoso que todo lo que había visto hasta entonces.

—¿Está Garofoli en su casa?— preguntó Vitalis á un hombre que estaba colgando andrajos en la pared, alumbrándose con un farol.

—No sé, subid á verlo; ya sabéis dónde, en lo último de la escalera, la puerta de enfrente.

—Garofoli es el amo de que te he hablado— me dijo mientras subíamos la escalera, cuyos peldaños, cubiertos por una costra de tierra, eran resbaladizos como si estuviesen practicados en arcilla húmeda;— aquí vive.

Ni la calle, ni la casa, ni la escalera, eran capaces de tranquilizarme. ¿Qué sucedería con el amo?

La escalera tenía cuatro pisos; sin llamar ántes, empujó Vitalis la puerta que estaba frente á la meseta, y nos encontramos en una gran habitación, especie de vasto granero. En medio había un gran espacio vacío, y al rededor unas doce camas. Las paredes y el techo eran de un color indefinible; en algun tiempo debieron ser blancas, pero el humo, el polvo y las suciedades de todas clases habían ennegrecido el yeso, que en algunos sitios estaba desconchado; junto á una cabeza dibujada con carbon, se veían extraños grupos de flores y de pájaros.

—Garofoli—dijo Vitalis al entrar,—¿estais en algun rincón? No veo á nadie; respondedme si queréis; soy Vitalis.

En efecto, el camaranchón parecís desierto, según se podía juzgar por la luz que daba un quinqué colgado de un clavo; pero á la voz de mi amo contestó otra voz débil, como de niño:

—El signor Garofoli ha salido; no volverá hasta dentro de dos horas.

La persona que hablaba apareció en aquel momento: era un niño de diez años, que se adelantó hácia nosotros arrastrándose, y de tan singular aspecto, que áun me parece estarle viendo; al pronto se hubiera creído que no tenía cuerpo, y su cabeza, de un tamaño enorme, y desproporcionada, por consiguiente, parecía que estaba en inmediata unión con las piernas, como se ve en esos dibujos grotescos que han estado de moda hace algunos años; aquella cabeza tenía una expresión profunda de dolor, con la resignación en los ojos y la desesperación en su fisonomía general.

Con aquella figura, no era bello naturalmente, y sin embargo, al verle se experimentaba cierta simpatía, producida por sus grandes y húmedos ojos, dulces como los de un perro, y sus móviles labios.

—¿Estás seguro de que tardará dos horas en venir?— preguntó Vitalis.

—Seguro, signor; es la hora de comer y nunca sirve nadie la comida más que él.

—Pues bien; si viene ántes que yo, le diré que ha estado Vitalis y que volverá dentro de dos horas.

—Está bien, signor.

Me disponía á seguir á mi amo, pero *estó* me detuvo.

—Quédate aquí — dijo — y descansa; yo *va* veré.

Y viendo que yo hice un movimiento de espanto, añadió:

—Te aseguro que volveré.

Á pesar de mi cansancio, hubiera preferido seguir á Vitalis; pero cuando me mandaba algo tenía un tumbre de obedecerle, y me quedé.

Luégo que se dejaron de oír los pesados pasos de mi amo por la escalera, el niño, que había estado encuchando, con la cabeza inclinada, se volvió hácia mí:

—¿Sois de la tierra?— me dijo en italiano.

Desde que estaba al lado de Vitalis, habla aprendido bastante el italiano para comprender todo lo que se decía delante de mí en aquella lengua; pero no la podía lo necesario para usarla.

—No — respondí en francés.

—¡Ah! Tanto peor — dijo tristemente, fijando en mí sus grandes ojos.—Hubiera sido mejor que fuéis de la tierra.

—¿De qué tierra?

—De Lucca; hubierais podido darme noticias.

—Soy francés.

—¡Ah! mejor.

—¿Queréis más á los franceses que á los italianos?

—No; al decir «mejor» no es tanto por mí como por vos, porque si fuerais italiano, vendriais aquí probablemente para estar al servicio del signor Garofoli; y no se dice mejor á los que entran al servicio del signor amo.

Aquellas palabras no eran muy tranquilizadoras.

—¿Es malo?

El niño no contestó á aquella pregunta directa; pero la mirada que fijó en mí fué de una elocuencia aterradora. Luégo, como si no quisiera continuar una conversacion sobre aquel tema, volvió la espalda; se dirigió hácia una gran chimenea que ocupaba el extremo de la habitación.

Un fuego, de madera procedente de derribos, ardía en aquella chimenea, y delante de la llumbre se calentaba una enorme marmita de hierro.

Me acerqué á la chimenea para entrar en calor, y observé que aquella marmita tenía algo de particular y que no vi desde el primer momento. La tapa terminaba en un tubo estrecho por el cual se escapaba el vapor, y estaba sujeta á la marmita por una cadena en un lado y por un candado en el opuesto.

Comprendí que no debía hacer preguntas indiscretas acerca de Garofoli; pero ¿y sobre la marmita?.....

—¿Por qué está cerrada con un candado?

—Para que no pueda tomar de ella una taza de caldo. Yo soy el encargado de guisar la comida, pero el amo no tiene confianza en mí.

No pude ménos de sonreirme.

—¿Os causa risa — continuó tristemente — yo que eráis que soy gloton? En mi lugar, vos seriais lo mismo. Pero no soy gloton; es que tengo hambre.

y el olor de la sopa que se escapa por el tubo hace más cruel mi tormento.

—¿Os deja morir de hambre el signor Garofoli?

—Si entráis aquí, á su servicio, ya sabréis que no se muere mo de hambre, sino que se sufre. En cuanto á mí, esto es un castigo.

—Un castigo! ¡morir de hambre!

—Si; despues de todo bien puedo contaros lo que vais á oír. Si Garofoli llega á ser vuestro amo, mi

ejemplo puede servir de algo. El signor Garofoli es mi tío y me tiene á su lado por caridad. Debo deciros que mi madre es viuda, y como comprenderéis perfectamente, no es rica. Cuando Garofoli llegó á mi país el año pasado, propuso á mi madre llevarme con él. Mi madre se resistía á consentir, pero ya sabéis lo que se hace cuando la necesidad obliga, y entónces obligaba mucho, porque éramos seis criaturas en la casa y yo el mayor. Garofoli hubiera preferido á mi



¿Por qué está cerrada con un candado?

hermano Leonardo, que es el que me sigue, porque Leonardo es guapo y yo soy feo, y para ganar dinero no se debe ser feo; los que lo son no ganan más que golpes ó malas palabras. Pero mi madre no quiso entregar á Leonardo: «Mattia, que es el mayor, dijo, Mattia es el que debe marchar, puesto que es preciso que marche alguno; el buen Dios lo ha designado, y yo no quiero desobedecer al buen Dios.» Me puse, pues, en camino con mi tío Garofoli; creedme que fué muy duro para mí abandonar la casa, mi madre que lloraba, mi hermanita Cristina que me quería mucho, porque era la última y yo la tenía siempre en mis brazos, y además á mis hermanas, á mis camaradas y á mi pueblo.

Por experiencia sabía yo lo triste de tales separaciones, y no olvidaba la angustia que se apoderó de mí cuando por última vez descubrí el gorro blanco de la tía Barberin.

El pobre Mattia continuó su relato:

—Al dejar mi casa — dijo — estuve solo con Garofoli; pero al cabo de unos ocho días nos habíamos reunido unos doce muchachos y emprendimos el camino de Francia. ¡ Ah! ¡ cuán largo fué para mí y para mis compañeros, que también estaban muy tristes. Por último, llegamos á París reducidos á once, porque uno se había quedado en el hospital de Dijon. En París fuimos sometidos á una distribución: los que eran robustos fueron colocados en los talleres de funistería y al servicio de los desolladores; los que no eran bastante fuertes para un oficio irían á cantar y á to-

car por la ciudad. Por mi parte, no tenía la robustez necesaria para trabajar y parece que era demasiado feo para ganar buenos jornales tocando la gaita. Entónces me dió Garofoli dos pequeñas ratas blancas que debía enseñar en las puertas y en los pasajes, señalando mi jornal en treinta sueldos. «Si al llegar la noche no traes esta cantidad, te aplicaré tantos bastonazos como sueldos te faltan.» Treinta sueldos difícilmente se consiguen; pero los bastonazos tambien se reciben con dificultad, y sobre todo cuando es Garofoli quien los administra. Hice todo lo que pude para reunir aquella suma, pero á pesar de mis esfuerzos casi nunca lo lograba. Generalmente todos mis compañeros traían completo su jornal, y esto redoblaba la cólera de Garofoli. «¿Qué hace este imbécil Mattia?» exclamaba. Había otro niño que enseñaba ratas blancas como yo y cuyo jornal había sido estipulado en cuarenta sueldos, que llevaba todos los días. Muchas veces salí con él para ver cómo se las componía ó si era más diestro que yo. Entónces comprendí por qué alcanzaba él tan fácilmente sus cuarenta sueldos y yo mis treinta con tanta dificultad. Cuando un señor y una señora nos daban dinero, decía siempre aquella: «A éste, que es muy guapo; á éste no, que es muy feo.» El feo era yo. No volví á salir con mi compañero, porque si bien es muy triste recibir bastonazos en casa, es más triste todavía recibir malas palabras en la calle, delante de todo el mundo. Vos no sabéis lo que es eso porque nadie os ha dicho nunca que sois feo; pero yo.... Por último,

viendo Garofoli que no conseguía nada con los golpes, empleó otro sistema. « Por cada sueldo que te falte, te quitaré una patata de tu cena me dijo. Si tu piel es dura para los golpes, tu estómago será tierno para el hambre. » ¿Os han obligado alguna vez las amenazas á que hagáis lo que os mandan?

— ¡Segun!

— A mí, nunca; por otra parte, yo no podía hacer más de lo que había hecho hasta entónces, y tampoco podía decir á las personas á quienes alargaba la mano: « Si no me dáis un sueldo, no tendré patatas esta noche. » Las gentes que dan á los niños no se deciden por esas razones.

— ¿Pues por cuáles se deciden?

— ¡Ah! ¿Cómo se conoce que sois muy jóven! En primer lugar, se da limosna por caridad; se da también á un niño porque es guapo, y ésta es una de las principales razones; se le da de igual manera por el niño que se ha perdido ó por el que se desea tener; se le da cuando se está muy abrigado, mientras que el tiritó en el umbral de una puerta cochera. ¡Oh! conozco muy bien todas esas limosnas; he tenido tiempo de estudiarlas; decidme, ¿hace hoy frio?

— Mucho.

— ¡Pues bien! Id á colocaros en el dintel de una puerta y tendid la mano á un señor á quien veais venir rápidamente, cubierto por un escaso paletot; ya me diréis lo que os dá; al contrario, tendella á otro que ande despacio, envuelto en un ancho gaban forrado de piel, y acaso tengáis una moneda de plata. Despues de un mes ó seis semanas del régimen alimenticio de que os he hablado, no acordé, ni mucho ménos; me puse pálido, tan pálido que con frecuencia oía decir junto á mí: « Este niño está muerto de hambre. » Entónces hizo el sufrimiento lo que la belleza no había podido hacer: las gentes del barrio se compadecieron de mí, y si bien no reunía muchos sueldos pude recoger á veces un pedazo de pan, á veces un plato de sopa. Aquellos días fueron excelentes; ya no soportaba los bastonazos, y si me veía privado de las patatas al cenar, me importaba poco, pues nunca iba hambriento. Pero un día me vió Garofoli cuando estaba comiendo en casa de una frutera, y comprendió por qué resistía sin quejarme la privación de las patatas. Entónces dispuso que no saliera y que me quedase en este cuarto para preparar la sopa y hacer la limpieza; mas como al cuidar de la marmita podía quitar algo de ella, inventó ésta. Todas las mañanas echa la carne y la verdura, cierra la tapa con el candado, y yo no tengo qué hacer más que cuidar de que hierva; aspiro el olor del caldo, y en cuanto á tomar de él ya comprendéis que por este tubo tan estrecho es imposible. Desde que estoy en la cocina nada ni palidez; el olor no alimenta, excita más el hambre. ¿Estoy muy pálido? Como no salgo no lo oigo decir, y aquí no hay ningún espejo.

Aun cuando yo carecía entónces de experiencia, sabía que no se debe asustar á los enfermos diciéndoles que tienen mal color.

— No me parecéis más pálido que otro cualquiera — respondí.

— Ya veo que me lo decís para tranquilizarme;

pero creéme, deseo estar muy pálido, porque eso significaría que me encontraba enfermo.

Le miré con asombro.

— No me comprendéis — dijo sonriéndose — y sin embargo, es muy sencillo. Cuando uno está enfermo le cuidan ó le dejan morir. Si conmigo hicieran lo primero, todo habría terminado, se acabó el hambre y acabaron los golpes; además, dicen que los que mueren van al cielo, y cuando estuviera en el cielo mi tierra, mi madre y mis hermanos. Si, por el contrario, quieren cuidarme, me llevarán al hospital, lo que me agradaría mucho.

Instintivamente me causaban horror los hospitales y cuando ibamos por las carreteras y me sentía rendido de fatiga no hacía más que pensar en el hospital porque se me quitase el cansancio; he aquí el motivo de mi espanto al oír que Mattia se expresaba de este modo.

— ¡Si supierais qué bien se está en el hospital — continuó! — Yo he estado en el de Santa Eugenia, donde hay un médico, un señor rubio que siempre tiene en el bolsillo azúcar, pero es *terciada*, porque cuesta más barato; pero esto no impide que sea muy amable; las hermanas de la caridad os hablan con mucha dulzura: « Haz esto, hijo mío; saca la lengua, pobrecito. » A mí me gusta mucho que me hablen dulcemente, y cuando tengo gana de llorar lo agradezco más. ¡Qué tontería! ¿no es verdad? Mamá me hablaba siempre dulcemente. Las hermanas como mi madre, y aun cuando no sea con las mismas palabras, el sentido es igual. Además, cuando se comienza á convalecer lo dan á uno caldo y buen vino. Al conocer que aquí me faltaban las fuerzas porque no comía, me he puesto muy contento, y he dicho: « Voy á estar enfermo y Garofoli me enviará al hospital. » ¡Ah! si, estoy bastante enfermo para sufrir yo, pero poco para estar ahí á Garofoli; por eso sigo aquí. ¿Qué dura tienen la vida los desgraciados! Felizmente no ha perdido Garofoli la costumbre de pegarme, así como á los demás, hay que convenir en ello, y hace ocho días que me aplicó un bastonazo en la cabeza. Ahora ya van bien las cosas; tengo la cabeza hinchada, mirad bien este chichón blanco; el amo dijo ayer que era un tumor; yo no sé lo que es un tumor, pero me figura por la manera que tenía de decirlo que es algo grave. El resultado es que sufro muchísimo; siento en la cabeza punzadas tan agudas como cuando duelen las muelas, y me parece que mi cabeza pesa cien libras; tengo vahidos, aturdimientos, y por la noche, cuando estoy en la cama, no cesa de gemir y de gritar. Creo que dentro de dos ó tres días le deciré esto á enviarme al hospital, porque, verdaderamente, un chiquillo que escandaliza por la noche modesta á los demás, y á Garofoli no le gusta que nadie le moleste. ¿Cuánto me alegro de que me dieseis bastonazo! Vamos á ver, decidme francamente, ¿estoy muy pálido?

Al decir esto se colocó delante de mí, mirándome con atención. Ya no tenía las mismas razones para callarme, y sin embargo, no me atreví á responder con sinceridad ni á expresarle el susto que me producían sus grandes é inflamados ojos, sus concavas mejillas y sus descoloridos labios.

—Ureo que estais bastante enfermo para entrar en el hospital.

— ¡Gracias á Dios!

En seguida se dirigió hácia la mesa y empezó á limpiarla.

— Hemos hablado mucho; va á venir Garofoli y aun no le he preparado la mesa; puesto que creéis que tengo suficiente número de golpes para ir al hospital, no vald la pena recoger otros nuevos; serian inútiles, y los que recibí ahora me parecen más duros que los que me daba hacer algunos meses.

Mientras hablaba iba cojeando al rededor de la mesa y poniendo los platos y los cubiertos en su sitio.

Contó veinte platos, y esto me permitió calcular que eran otros tantos los niños que tenía Garofoli bajo su dirección, y como no vi más que doce camas, deduje que debían acostarse dos en cada una. ¡Pero qué camas! No tenían sábanas y en su lugar estaban cubiertas con mantas encarnadas, procedentes sin duda de alguna cuadra en la que ya no servirían por no dar bastante calor á los caballos.

— ¿Está así en todas partes? — pregunté asustado.

— ¿En qué partes?

— Donde tienen niños.

— No lo sé, no he estado más que aquí; en cuanto á vos, debo aconsejaros que vayais á otra casa.

— ¿A cuál?

— Lo ignoro. A cualquiera, siempre estaréis mejor que en ésta.

A cualquiera, esto era muy vago, y despues de todo, ¿qué había de hacer para variar lo dispuesto por Vitalis.

Mientras reflexionaba sin hallar solución, se abrió la puerta y entró un niño: llevaba un violín debajo del brazo izquierdo, y en la mano derecha un gran pedazo de madera de un durrubo.

Aquel niño, semejante á los que había visto andar en la cláusula, me dió á entender donde había Garofoli su provision de leña y el precio á que le costaba.

— Dame ese pedazo de madera — dijo Mattia — yendo al encuentro del recién venido.

Pero éste, en vez de cumplir el ruego de su camarada, ocultó el tronco en la espalda.

— ¡Ah! No lo neceso — dijo.

— Dámelo, así estará mejor la sopa.

No tengo mas que treinta y seis suablos y ciento con el para que Garofoli no me haga pagar muy caros los cuatro que me faltan.

— ¡No hay tronco que valga! Ya lo pagarás, anda; ya lo llegará la voz.

Mattia dijo esto con mala intencion, como si se gozase en el castigo que iba á sufrir su compañero. Me admiró aquel rasgo de dureza en una criatura tan dulce; algún tiempo despues he comprendido que viviendo con personas malas, puede ser uno también malo.

Era la hora en que debían volver los discípulos de Garofoli; despues del niño que trajo el pedazo de madera, llegó otro y luego otros diez mas. En conjunto entraba, cada uno iba á cobrar su instrumento en

un clavicó que estaba sobre la cama en que dormía, éste un violín, aquél un arpa, uno la flauta, otro la gaita, y los que no eran músicos, sino que enseñaban animales domesticados, metían en una jaula sus marmitas ó sus conjos de indias.

Resonó en la escalera mi paso más pesado, y conocí que era Garofoli; en efecto, al poco rato vi entrar un hombre de pequeña estatura, de rostro enfermizo y que vacilaba al andar; en vez de vestir el traje italiano iba envuelto en un paletot gris.

Lo primero que hizo al entrar fué mirarme de una manera que me heló la sangre.

— ¿Quién es este chico? — preguntó.

Mattia le respondió con viveza dándole las explicaciones que Vitalis le había encargado.

— ¡Ah! Está Vitalis en Paris — dijo — ¿qué me quiere?

— No lo sé — respondió Mattia.

— No hablo contigo, sino con este muchacho.

— El amo vendrá — contesté sin atreverme á hablar con franqueza — y entonces podréis saber lo que desea.

— He aquí un mozalbeta que conoce el valor de las palabras; ¿no eres italiano?

— Soy francés.

Dos niños que se habían acercado á Garofoli desde el instante en que entró, estaban de pié á su lado esperando á que acabase de hablar. ¿Qué le querían? No tardé en conocer la contestacion á esta pregunta que me hacía con curiosidad.

Uno de ellos tomó su sombrero y fué á colocarle con gran cuidado sobre una cama, el otro le acercó una silla; á juzgar por la gravedad y por el respeto con que ejecutaban aquellos actos tan sencillos de la vida se hubiera creído que eran dos acólitos ayudando religiosamente al sacerdote que oficiaba; aquel detalle me hizo comprender hasta qué punto era temido Garofoli, pues indudablemente no obtaban de aquella manera por cariño.

Cuando se hubo sentado Garofoli, otro niño le llevó con presteza una pipa atestada de tabaco y otro le presentó un fósforo encendido.

— ¡Huele á azufre, animal! — gritó en cuanto le puse en contacto con la pipa — arrojándole despues á la chimenea.

El culpable se apresuró á enmendar su falta encendiendo otro fósforo que dejó arder bastante tiempo ántes de ofrecérsele á su amo.

Pero éste no le aceptó.

— ¡Tú no, imbécil! — dijo rechazándole duramente; luego se volvió hácia otro niño hablándole con una sonrisa, que sin duda era en él un insigne favor.

— Ricardo, un fósforo, hijo mio.

El muchacho obedeció al punto.

— Ahora — dijo Garofoli en cuanto estuvo instalado — y así que comience á arder el tabaco de la pipa ajustarémos nuestras cuentas, angelitos míos, Mattia, el libro.

En una gran merced la que les hacía Garofoli al dignarse hablar; al ménos así me pareció, pues sus discípulos espíaban atentamente sus desesos ó sus intenciones, adhiránndolas ántes de que las expresara.

Apénas hubo pedido su libro de cuentas, colocó Mattia en manos del *amo* un pequeño y sucio cuaderno.

Garofoli hizo una seña, y al verla se aproximó el niño que le había presentado el fósforo mal encendido.

—Me debes un sueldo desde ayer, y no prometiste devolverle hoy, ¿cuánto traes?

El muchacho vaciló por largo tiempo ántes de responder; estaba rojo como una amapola.

—Me falta un sueldo.

—¿Ah! ¿Con que te falta un sueldo? ¡Y qué tranquilamente lo dices!

—No es el sueldo de ayer, es otro de hoy.

—¿Es decir, que son dos sueldos? Ya sabes que esto no lo he tolerado nunca.



Se volvió de cara á la lumbre.

—No es culpa mía.

—Basta de necedades, y tú no ignoras la regla; desabrochate la chaqueta, dos golpes por ayer y otros dos por hoy; además, te quedas sin patatas, gracias á tu osadía; Ricardo, querido mío, tu habilidad merece esta diversion, toma las disciplinas.

† Ricardo, el niño que le había llevado el fósforo á su gusto, descolgó de la pared un látigo de mango

corto, terminado por unas tiras de cuero con gruesos nudos. Entre tanto el niño á quien le faltaba un sueldo se había desabrochado su chaqueta, bajándose la camisa hasta dejar desnudo el cuerpo.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

— Su exigüidad es tanta, capitán, que no debe extrañarnos que nadie haya abordado á ellos antes que nosotros. ¿Que significa ese grano de arena perdido en la inmensidad de los mares del Sur? Sin embargo opino como vos; parecen más verosímil que los fuegos subterráneos, en algun movimiento geológico, hayan desde el lecho del mar elevado á su superficie esos intercolumnios, que revelan claramente su origen ígneo. ¡Ah! qué maravilloso espectáculo hubiera sido presenciar, cómo, en un momento dado, las irritadas fuerzas de Pluton invadían los dominios de Neptuno, y apoderándose las aguas de la materia incandescente moldeaban, igualaban y pulían en simétricas formas, esos magníficos basaltos.... Supongo, amigo mío, que anotaréis en vuestro cuaderno de bitácora la situación de este islote, dándole asimismo un nombre apropiado.

— Respecto al último extremo, me ahorraré completamente ese trabajo.....

— ¿Que queréis decir? No os entiendo.

— Que vos habeis dado al islote el nombre que más le cuadra.

— ¡Yo! ¿Cómo? ¿Cuándo?

— ¿No habeis llamado á esa extraña gruta *Camarin de los Genios*? Pues designamos del propio modo al islote.

— ¡Me sorprendeis!..... Bien, sea; adjudiquémosle esa denominación..... ¡Tanto monta!

— Atabo de hacer, señores, una observación—dijo en este momento el capitán Salinas— que ignora si habra pasado desapercibida para vuestra perspicacia.

— Decid, simpático lobo marino, decid. Á fe de Rancho, que vuestra de vos ha de ser acertada.

— Por lo ménos, evidencia vuestra opinion de que este singular islote ha salido recientemente de las aguas. Si así no fuese, si este hecho contase muchos siglos de existencia, las olas del mar hubieran ya corrido la pulimentada superficie de los basaltos, dejando en ellos terribles huellas de sus embates. ¿Creeis, D. Félix, fuera de propósito mi observacion?

— No, sino muy en su lugar, amigo mío. Es la más palmaria prueba del pensamiento emitido por el doctor, con el cual estoy completamente de acuerdo. No será extraño que ántes de mucho desaparezca este islote tragado por el mar, porque, como bien sabéis, hay varios ejemplos de islas que poco tiempo despues de su aparicion se han hundido en las profundidades de que salieron. En uno y otro caso han servido de factores los fuegos subterráneos, si bien produciendo efectos completamente antagónicos.

CAPÍTULO VII.

REPARACIONES Á BORDO DEL CALGECIRAS.—NAVEGANDO OTRA VEZ HACIA EL SUR.—UNAS MALAGUEÑAS.—EL RANCHO DE LOS MAHINEROS.

I.

Felizmente salió el *Algeciras* del arrecife en que se hallaba embarrancado. Practicóse despues un detenido exámen de sus fondos, y se adquirió la certeza de que no habia experimentado desperfecto alguno. En vista de lo dicho, volvió el capitán Ballesta á su primer pensamiento de recalar en las islas de Nueva Georgia, para reparar, si era posible, las averías que su antigua corbeta sufrió en la máquina.

El primer maquinista del *Baltasar Ballesta*, mallorquín de pelo en pecho, como en otra ocasion dije, era un excelente mecánico, y tal vez conseguiria con las calderas y otras piezas importantes que se llevaban de repuesto, poner la máquina del *Algeciras* en estado de volver á funcionar.

Pero bien pronto desistió D. Félix de la idea de recalarla considerando que teniendo que navegar á la vela el *Algeciras* y hacer rumbo al N. N. O., de cuyo cuadrante soplaban constantemente los vientos contra alisios, seria de penosa duracion aquel viaje. El islote *Camarin de los Genios* estaba situado al S. S. E. de aquellas islas, y para abordarlas era necesario navegar contra el mar y el viento; difícil propósito en verdad para una embarcacion de vela.

Resolvió, pues, á objeto de ganar dias y en prevision de mayores daños, hacer la proyectada reparacion en aquel islote, si bien éste no podia ofrecer, como las islas de Nueva Georgia, tan cómodo fondeadero, ni tan seguro abrigo contra las tempestades del O., que en aquellas latitudes predominan.

La máquina del bergantín-goleta podia repararse, aunque era necesario foverir en ello veinte ó más dias. Por fortuna, la explosion de las calderas habia se efectuado hacia arriba más bien que en sentido lateral; gran parte del mecanismo se hallaba intacto, y gracias á esto, con las piezas de repuesto, la gran fragua portátil que iba á bordo y un inteligente mecánico, subsanaróse en breve aquellos desperfectos.

Quizás era de mayor duracion y más difícil empresa reparar las averías causadas en el puente del buque; pero, provisionalmente, el carpintero Juan Perez Calafate desempeñaria á conciencia su trabajo.

Tranquilo sobre estos particulares, el capitán Ballesta fijó desde entonces todas las fuerzas vivas de su espíritu, pernitasame decirlo así, en aquellas dos naves inglesas que delante de él marchaban siguiendo su misma derrota. Era necesario correr detrás de ellas, é interponerse y dejarlas atrás á todo trance; si en el momento preciso, por un azar de la enemiga suerte, descubrían el desconocido paso que encontró el ballenero Van-der-Zaane.

Poseído de febril excitación el honrado marino, despues de comunicar al capitán Salinas sus últimas instrucciones, y de dejarle cuantos recursos y elementos podía necesitar, levó anclas é hizose mar adentro con el *Baltasar Ballesta*, que iba navegando á toda máquina.

II.

Dos dias despues de haber abandonado el capitán Ballesta el islote *Camarin de los Gansos*, situado á 59° de latitud S. y á 69° de latitud E. del meridiano 20, empezó á experimentar los tempestuosos tiempos que habían sufrido las embarcaciones de mister Crossbow.

Pero la goleta española era un barco de inmejorables condiciones marineras, y su capitán uno de los más inteligentes marinos mercantes, en cuyo honrado gremio hay hombres de gran valer.

Aguantando unas veces el temporal, corriendo otras delante de él, el *Baltasar Ballesta* resistió heroicamente sus embates sin sufrir averías de consideración.

Cuando amainaron su furia los elementos, veinte ó más dias despues, pudo D. Félix continuar su camino por el derrotero que de mucho tiempo atras seguía. Devorábale la impaciencia, aunque estaba persuadido que también las naves inglesas habrían experimentado malos tiempos y el retraso consiguiente; pero no lograba esta consideración calmar los recelos de su acongojado espíritu, ántes bien parecía como que daba mayores incentivos á sus inquietudes, pues á cada instante ordenaba al maquinista cargar de carbon los hornos, á fin de hacer el mayor camino posible; de igual manera obra el jinete, que, al ver próximo el término de su viaje, espolea entonces con mayor afán á su cabalgadura.

Y Félix Ballesta, casi sin permitirse descanso alguno, pasábase gran parte del día sobre el puente de la embarcación, examinando con su antejo el horizonte que le rodeaba, para descubrir á su enemigo, y atento siempre á la bitácora para no separarse del rumbo que constantemente le hacía avanzar hácia el Sur.

III.

Sereno y apacible mostrábase el día, en cuanto cabe, en el rigoroso invierno de aquellas regiones, y en la alta latitud austral por donde navegaba la goleta española.

En su rancho de proa hallábase reunida gran parte de la tripulación. Envueltos en sus buenos capotes aquellos honrados marineros, dando al olvido las pa-

sadas penalidades, fumaban, reían y charlaban, el más placentero humor del mundo.

Bien se veía que era gente alegre; y ¿cómo no si el mayor número había nacido en las hermosas varas de la sin par Andalucía?

— ¡Hola, hola! — gritaba á la sazón un marino de entrecañas patillas y tan tostado cutis, que para competir con el de algunos africanos. — ¡Hola! repitió. — Sacá á reducir tu guitarra, *Perchelero*, y tócanos unas malagueñas con el retintín y el ayo que Dios te ha dao.

— ¡Sí, sí! ¡Que toque, que toque! ¡que toque! exclamaron á una multitud de voces.

— ¡Allá voy, camarailas! — contestó el siempre alegre y bullicioso *Perchelero* — esperad que limpie las fláncos, para ponerme en disposición de cantar con un sorbito de peñascero que para estas solenas ocasiones guardo yo como oro en paño.

Y así diciendo, sacó de un bolsillo de su chaquetón un pequeño frasco de cristal, que contenía el incoloro licor, y propinóse, no un sorbito como hubiera manifestado, sino una tragantada mayúscula.

— ¡Ea! — gritó despues, — ¡Ya está el organillo templado; no hay más que darle vuelta al manubrio.

— ¡Sientate aquí, *Perchelero*, junto á tu camarada Córcoles!

— ¡Ole, al avío! ¡venga pronto de ahí!

Y cien vociferaciones, híjase todas de la más franca alegría, llenaron con sus ecos el reducido espacio del rancho de proa.

— ¡Aquí, aquí! ¡Hagamos corro! ¡Templa el guitarrillo, malagueño! ¡Suelta ya la jacarandosa!

En medio de la discordante palabrería de sus compañeros, templó el hijo del barrio del *Perchelero* cuerdas de su guitarra, y empezó á rasguear y á hacer en ella primores de ejecución. Llévábale el compás con las palmas su inseparable amigo Córcoles.

— ¡Vamos, basta ya de introitos y sinfonías! — gritó un marinero medio calvo, por lo cual le apellaban *Poco-Pelos*.

— ¡Vengan esas malagueñas de butén! — exclamó otro.

— ¡Suelta ya el cante, arrastrao!

El *Perchelero* empezó á hacer algunos gorgoritos

— ¡Ole, con ole! ¡Viva tu tierra!

— ¡Acaba ya de largarla, endino!

— ¡No nos tengas al remo tres horas!

— ¡Que lo pío con mucha necesidad el respetado público!

— ¡Atencion, atencion! — vociferó Córcoles.

Como por ensalmo establecióse el más profundo silencio entre los concurrentes.

El *Perchelero*, vista la expectación del audioso tozú, gargajó, y acompañándose con el guitarrero las palmadas de su compañero Córcoles, entonó la siguiente *malagueña*, popularísimo cantar andaluz lleno en la música y en la letra de espontánea sencillez:

— Las mujeres de mi tierra
Sin redes, cañas ni anzuelos,
Sevan pescar á los hombres
Con sus ojos retrecheros.

Bravos, palmadas, vociferaciones y cien y cien dichos agudos hicieron coro al final de la copla.

— ¡ Tradúme más de esas mujeres para dejarme pescar !

— ¡ Chacópé ! Lo mismo que los pejes, á ciega-
ojos, me tiraba yo á esa carná.

— Signo, *Percheleiro* ; ¡ avante, avante !

— ¡ Ole, venga de ahí !

— ¡ Otra copla ! ¡ No arries la escota, camaraila !

— Ayer le dije á mi novia :
á Véo á bordo ¡sol de Malaga!
Dipenderás de qué suerte
Marco rumbo en la bilicoma, á

— ¡ Otra ! ; otra ! ; Que se repita !

— ¡ Viva la sal de mi tierra !

— ¡ Que se me hace la boca agua !

— Con el sol y con la luna
Y un pedacito de estrellas,
No sé encender luminarias
Cuando me quede sin suegra.

Al concluir el *Percheleiro* de vocalizar la última palabra, fué indescriptible la explosión de vitores, aplausos y frases de toda especie, que brotó de muchas bocas. Quizás algunos de los presentes tenían suegra, y resollaban por la herida, según se acostumbra á decir.

Cuando la efervescencia del auditorio, el *Percheleiro*, al són del guitarrillo y de las palmadas, entonó de nuevo la siguiente copla :

— Como á plantas malagras
Traté yo á mi novia Cámaro ;
Disgustó una andaluzá
Y entró luego al abordaje.

IV.

Algunos capitanes de buque observan demasiada severidad con sus marineros, no permitiéndoles á bordo un solo instante de expansión ; otros son tan rigurosos, que les prohíben pronunciar palabras malsonantes y blasfemas.

Por lo que hace á este extremo, era don Félix tan exigente como el que más ; en cambio, permitía á sus subordinados, en momentos en que el servicio no se perjudicase, disfrutaran de sencillas diversiones, que no rebajasen la obediencia y la disciplina, tan necesarias á bordo de un buque.

La marinería del *Baltasar Ballesta* hacía uso de las bondades de su jefe en los términos más comedidos, sin extralimitarse de las prescripciones señaladas ; todo se reducía á remirar en el rancho de proa, y allí, casi á puerta cerrada, como quien dice, reír, cantar y tener un rato de chacota, más ó menos expansiva.

Los andaluces de la clase del pueblo están siempre de buen humor, dispuestos á divertirse y á bromear aun en medio de las mayores penalidades ; de ellos pudiera decirse que constituyen el pueblo más alegre de la tierra.

No faltaban en el rancho de proa, el día á que me refiero, ninguno de los antiguos conocidos del curio, no obstante, exceptuando al *maestro Pimenton*, que en aquellas horas andaba muy ocupado en sus cocineras fueñas.

Habiase servido ya el almuerzo á los oficiales, y el dignísimo *Pimenton* se disponía á preparar en dos enormes marmitas el rancho de los marineros.

Creo haber dicho antes, y si no dígo ahora, que auxiliaban al *maestro* en sus trabajos dos grumetes, como ayudante el uno y pinche el otro ; además, en las horas de mayor quietud, contaba siempre con los servicios de *Maese Pedro*, que se ponía á sus órdenes espontánea é incondicionalmente, aunque con el deliberado propósito de pescar al descuido alguna golosina.

También *Urdenatas* rondaba de vez en cuando al redor de la cocina, atento con la nariz á las emanaciones que salían de ella y con los molares á lo que pudiera caer.

Echaba el *maestro Pimenton* un barreño de patatas en cada una de las marmitas ; el ayudante limpiaba los cubiertos, fregaba los platos el pinche, soplabá los hornillos con un fuelle *Maese Pedro*, y *Urdenatas*, en la puerta de la cocina, meneaba el rabo y relamiase como si se le hiciese la boca agua.

Quando el bueno del negro se hallaba ocupado en sus manipulaciones culinarias, hacía lo con cierta propopeya, á fin de ponerse á la altura de la trascendental importancia de sus funciones. Encima de las patatas echó dos enormes medidas de arroz, crecido número de tajadas de bacalao y un cubo de agua.

Practicadas estas operaciones, procedió á hacer la salsa ; tomó con dicho objeto una gran sartén, medio llena de aceite y la puso despues á la lumbre : *Maese Pedro* seguía soplando á más y mejor.

Quando el aceite estaba á punto, el *maestro zampó* en él un cuazo lleno de ajos y cebollas, que á prevención tenía picados, media botella de vinagre, cuatro ó cinco puñados de harina y algunas hojas de laurel ; en seguida cogió con cariñosa deferencia el bote del pimientó molido..... Una muera desesperada contrajo las facciones del negro ; apenas quedaban en el bote algunos residuos de aquella roja sustancia, que tan querida le era.

Comprometido se veía el éxito de aquella manipulación culinaria.

Con enérgica mímica hizo comprender *Pimenton* á *Maese Pedro*, que, saltando el fuelle, con un monumental cucharón moviese sin cesar el ajo y la cebolla para que no se quemasen ; y acto continuo echó á correr hácia lo pañoles de la despensa para llenar el bote de aquel indispensable artículo.

El orangutan empezó á desempeñar gravemente el cometido que se le había confiado ; pero apenas volvió la espalda el jefe de la cocina, abandonó su tarea, y sacando con el cucharón sendas porciones de la mixtura que se freía, púsose á comérselas, aunque con ciertas precauciones y haciendo numerosos visajes, porque se quemaba.

Urdenatas que tal vió, quiso reclamar, sin duda, algo para sí, y empezó á ladrar furiosamente.

Maese Pedro le soltó una manotada ; pero el can, colocándose á respetable distancia, continuó ladrando ; su astuto camarada vióse obligado á transigir y á darle parte en aquella golosina..... *Urdenatas* calló entónces, y se puso á comer.

En muchas situaciones de la vida proceden de igual manera los hombres.

Cuando estuvo de vuelta el *maestro Pimenton* encontróse al orangután, que, cuclaron en mano, mecaba flemáticamente el ajo y la cebolla, carbonizadas ya.

CAPÍTULO VIII.

EL VIEJO AMBROSIO. — HISTORIA RETROSPECTIVA. — EL TESTAMENTO MUNICIPAL. — DON FÉLIX DESPOJADO DE SU HERENCIA.

I.

Comprendo, lector paciente, que tal vez abuse de tu benevolencia; pero como supongo que esta cualidad tuya ha de ser inagotable, y que por ello me acompañarás hasta el fin, continúo impertérrito por el camino que me he trazado, pidiéndote mil perdones si en alguna cosa te molestó ó disgustó.

En las primeras horas de la interminable noche de aquel día se hallaban en el rancho de proa buen número de marineros entretenidos en amigable plática. Algunos detalles y pormenores de su conversacion podrán ser útiles para la más acertada inteligencia de este verídico relato.

Presentes se hallaban, entre otros tripulantes del *Baltasar Ballesta*, el honrado *Borrasca*, el contra-maestre Tomás, Juan Perez Calafate, *Carga-Juantes*, el *Perchero*, *Córcoles*, *Pacorro* y *Pocos-Pelos*. Todos parecían escuchar con gran atención y deferencia á un hombre de blancos cabellos y franca fisonomía, que algunos momentos antes había entrado en el rancho, seguido de *Pimenton*.

No era difícil reconocer en aquel hombre al buen Ambrosio, al antiguo servidor de Ballesta, que tan ignominiosamente fué despedido cierta noche en el muelle de Algeciras por Mr. John Crossbow.

Antes de hacerse á la mar desde aquel puerto la expedición española, presentóse el anciano Ambrosio al capitán Ballesta, é hizole conocer el triste y misero estado en que se hallaba por la incalificable resolución de su tío. Don Félix dió amparo á aquel leal servidor, que le había visto nacer, y le instaló á bordo con el cargo de despensero.

Apénas contaba catorce años cuando entró como grumete á servir á los Ballesta, y desde tan temprana edad, por sus hábitos de trabajo, por su inteligencia, por sus deseos de ser útil, se captó las simpatías de aquellos honrados marinos, que le distinguieron siempre con su cariño y su confianza.

Había llegado á ser para ellos, más que un servidor honrado, un fiel camarada, un antiguo compañero que se desvivía por todo lo que más ó menos directamente afectaba á la casa de los Ballesta.

En los últimos tiempos, atendiendo á sus muchos años, sólo le permitía don Baltasar que le acompañara en alguno que otro viaje.

II.

— Diga V., señor Ambrosio — preguntó á la sazón el marinero *Córcoles* metiéndose en la boca un buen trozo de negro tico de Virginia; — diga V., ¿de qué

trazas se valió el mal peje del inglés para rapiar á don Félix la herencia de su padre?

— De una manera por demás sencilla — contestó interpelado.

— ¿De cuál, de cuál?

— Mi amo don Baltasar, que santa gloria haya.

— Amén — dijeron casi todos los presentes.

— Era un hombre muy instruido, como si dijéramos un sabio; pero, con todo y con eso, no sabía una palabra de las cosas de la curia....

— ¿Y qué quiere decir eso, señor Ambrosio?

— La curia es, ponga por caso, toda la gente de pluma; jueces, escribanos, *percuratores*....

— ¡Ya, ya se entiende! Avante con los remos.

— Pues, como decía, mi amo quiso que yo le acompañara en su último viaje á Liverpool. Cuando ya íbamos navegando, me dijo un día: «Ambrosio, éste y otro viaje á muy lejos tierras que pienso dar, serán los últimos que emprenda. Después dejaré la fragata á mi hijo.... Ya voy para viejo, y quiero darme buena vida.... En la hacienda que poseo á tres leguas de los Barrios lo habrémos de pasar como el pez en el agua.... ¡Pobre amo! ¡Pobre amo!

Y así diciendo resbaló una lágrima por la arrugada mejilla del anciano servidor.

— Aparejó la fragata y salimos de Liverpool con carga para Cádiz y Algeciras y dos pasajeros, el capitán y el piloto, respectivamente, de un buque vecino que fué al gran banco de Terranova á la pesca del bacalao; la nave se perdió y ellos fueron recogidos á bordo de un bergantín americano que lucía rumbo Londres.... En fin, íbamos navegando que navegando, cuando cierto día amaneció don Baltasar indispuerto.... Tenía calentura, y estaba tan serrote.... «Ambrosio — me dijo — éste es el último viaje.» ¡Pobre amo! Después se puso á escribir.... No quiso meterse en cama; se llevó dos días enteros con sus noches hala que hala con la pluma.... Al tercero no pudo resistir más; parecía que los ojos le brotaban sangre.... Entró en su camarote y tendióse en el lecho. Así fué de mal en peor, desfigurándose, y.... Se le dieron medicinas del botiquín que iba á bordo. ¡Nada pudo conseguirse! Una noche me llamó y díjome, dándome un gran parlapielo de papeles metidos en un sobre: «Ambrosio, júrame, si muero, entregar á mi hijo Félix este paquete.» Yo, gimiendo, llorando y sin saber lo que me hacía, juré. Después mandó llamar al capitán y al piloto naufragados.... Ami me parece estar viendo con estos ojos que se ha de comer la tierra, á don Baltasar tendido en su lecho, y delante de él al capitán y al piloto con sus chaquetones de pieles.... Don Baltasar les rogó escribiesen el testamento que iba á dimitirles.... Así se hizo; mi amo firmó después, y como festigos, el segundo de á bordo y los dos pasajeros....

— ¿Y no estaba el testamento en forma, señor Ambrosio?

— Se hizo perfectamente.

— Pues si estaba en regla, ¿cómo es que los *trahales* no le encontraron en esa *dispositura*?

— ¡Toma! eso debe ser.... — exclamó el *maestre*, que rabiaba por meter su cuarto á espadas. — Eso debe ser; porque muchas veces, aunque las cosas se

rozcan bien hechas, necesitan hacerse como cuando se hacen mejor, y haciéndolas de este modo, no resultará que se hicieron malamente. Esta no hay quien me la levante.

En efecto, la lógica de *Carga-juanetes* aplastaba.

III.

— Mi buen amo — siguió diciendo el anciano Ambrosio — murió de allí á tres dias, cuando la fragata dejaba por estribor el castillo de San Sebastian á la



Aún me parece estar viendo, con estos ojos que se ha de comer la tierra, á D. Baltasar tendido en su lecho....

vista de Cádiz.... ¡Qué dias tan tristes aquéllos! En dicha ciudad fué embalsamado el cadáver.... Con él entró la fragata en Algeciras con las vergas cruzadas y la bandera á mitad de la driza.... ¡Qué dias, qué dias aquéllos!

— Sosiéguese usted, señor Ambrosio, sosiéguese usted — exclamaron algunos marineros, conmovidos, á pesar de su ruda corteza, por el relato y la aflicción del viejo.

Éste enjugóse el humedecido semblante con el dorso de la mano, y continuó diciendo:

— Don Félix se hallaba entonces de viaje.... ¡Cuán triste noticia le aguardaba apenas diese fondo con su corbeta en el puerto de Algeciras! Al fin y á la postre llegó, y fué preciso decirle.... ¡No había otro re-

medio! Don Félix se afligió mucho, porque él es la viva imagen en todo y para todo de su buen padre, que santa gloria haya.... Pasados algunos dias, una noche.... ¡nunca se me olvidará!, hallándose presentes el capitán, la señorita Clotilde, yo y el *inglés de pega*, como vosotros le llamais, que tuvo el descaro de aparecerse allí, procedió el escribano don Lesmes á dar lectura al testamento nuncupativo....

— Nun.... nun.... ¿qué? ¿Qué quiere decir eso, señor Ambrosio?

— Yo me enteré entonces de esas cosas.... Se llama testamento nuncupativo al abierto y que se ha otorgado de viva voz.... Yo habia cumplido anteriormente mi juramento entregando á don Félix los papeles que para él me habia dado el amo viejo.... Los bie-



EL CUENTO DEL ABUELO.

nes de don Baltasar, deducidos varios legados que á la señorita Clotilde, á mí y á otras personas hacía, montaban en muebles é inmuebles á más de 500.000 duros, y pasaban, naturalmente, á su único y legítimo heredero..... El capitán Cróssbow, llano de rabia, se tiraba de los cuatro pelos que tenía en la perilla.

— ¿Si esperaba — exclamó el contramaestre *Borrasca* — que el bueno de don Baltasar le dejara parte de su hacienda, cuando tantas y tantas desdichas le dió en vida?

— Tomó don Félix posesion de su fortuna, y ya se preparaba á emprender un viaje á Montevideo para liquidar algunos antiguos créditos que contra importantes casas de aquel país tenía, cuando presentóse en campaña el ángel malo de los Ballestas pidiendo á los tribunales que se declarara nula la validez del testamento nuncupativo é incapacitado á don Félix para heredar.....

— Pero ¿por qué? ¿por qué? — exclamaron con irritadas voces algunos de los marineros presentes.

— Porque debían haber autorizado el testamento cinco testigos en vez de tres. La ley previene que si en el pueblo donde se otorga el testamento abierto é nuncupativo no hubiese escribanos, le suscriban, en su defecto, cinco testigos, y si faltaren éstos y aquél, tres solamente.

— ¿Y no fué esto último lo que se hizo á bordo?

— Certamente; pero el abogado del *inglés* alegó que no podía considerarse el caso en ese extremo, porque iban á bordo el contramaestre, el dispensero y otras personas que sabían leer y escribir, por lo cual el documento pudo y debió ser autorizado por cinco testigos..... Además, el condenado de mister Cróssbow.....

— ¡Mal rayo lo parta!

— ¡No se lo hubieran comido ya los tiburones!

— ¡Cuando reviento va el infierno á reír de alegría!

En estas y otras frases por el estilo prorumpieron, casi involuntariamente, algunos de aquellos honrados marineros.

IV.

— No sólo invalidaban el testamento por aquel motivo, sino que alegaron para anularle también que uno de los testigos resultaba..... ¡vamos al decir! inútil para serlo. Averiguaron é hicieron ver que el capitán naufrago fué condenado en un tiempo á no sé qué pena por haber publicado un..... un..... ¿cómo se dice?..... ya me acuerdo, un libelo infamatorio..... ¡Ah, mis buenas camaradas! el ángel malo de los Ballestas había tomado perfectamente sus medidas.....

— Bueno, aunque sacara á relucir todas esas tramandanas y embrollos, en la conciencia de los hombres de bien está que nada de eso ha sido justo.....

— Cuando una cosa no es justa — exclamó sentenciosamente el dormido de á bordo — es porque está fuera de justicia; y que se tire patas abajo ó se tire patas arriba, lo que es injusto, por más que justo parezca, no se ajusta á las cosas que son de justicia.

— Don Félix — continuó diciendo Ambrosio — resultó incapacitado civilmente para heredar, porque, segun la ley, se halla incurso en ella al que abandona

la religión del Estado..... y Mr. Cróssbow actuó y probó, con cuantos testigos quiso, que nuestro buen capitán no tenía religion alguna, que jamás había cumplido con los preceptos de la Santa Madre Iglesia, que no oía misa, que no confesaba ni comulgaba y..... ¡qué sé yo cuántas infamias más!

— Si es cierto que don Félix no cumple con esas cosas..... — balanceó el contramaestre Tomás — entónces..... me parece que no sería buen cristiano.....

— Para serlo — exclamó *Borrasca* — no se necesitan esas andrómimas. Basta con ser bueno, no hacer daño á nadie, socorrer á todo el mundo y llevar en paciencia los agravios, como de veinte ó más años á la fecha está sufriendo don Félix los de su tío..... ¡San Telmo me valga cien veces! Si yo estuviera en el pellejo del capitán, habría ya pasado por ojo al sollastre del *Mislar* gibraltareño.....

— Pero diga usted, señor Ambrosio — prorumpió Juan Pérez Calafate — lo que es malo en nuestro capitán ¿se convierte en cosa buena en el desmoronamiento del *inglés*? ¿Cómo siendo él un protestante de Gibraltar se llevó la herencia?

— ¡Ah! — respondió el anciano. — Las leyes privan de sus derechos al español que abandona la religión del Estado, pero nada pueden contra los súbditos de otras naciones.

— Pues si yo me encontrara en el aquel y la postura del capitán Ballesta.....

— Mi amo es un hombre como hay pocos; en vez de odiar y maldiceir á su tío, le respacia; á ménos tuvo rehabilitar su derecho demostrando las iniquidades de la acusacion..... En la conciencia de cuantos le conocen está patente la infamia del hecho; por más que el ángel malo de la familia y los envidios que anduvieron en el ajo realizarán su obra escondándose con la ley.

— ¿Y la manda que le dejó á usted en su testamento el viejo don Baltasar?

— Negósele descaradamente Mr. Cróssbow lo mismo que á la señorita Clotilde..... En cambio, nos propuso que si queríamos, como sirvientes, continuar al cuidado de la casa..... Yo ¡lo juré! hubiera preferido morir de hambre..... Pero la señorita me pidió que no me fuese, que la acompañase.....

— ¿Y por qué se quedó doña Clotilde?

— No tenía la pobre otro remedio; en manera alguna quería seguir siendo gravosa al hijo de su bienhechor..... ¡Lo que hemos pasado despues con ese hombre, que tiene tan atravesados los pensamientos como la conciencia, no es para contarlo! Pero, al fin, llegó un día en que no pudo doña Clotilde sufrir más, y huyó de la mala sombra que en aquella casa había..... Yo, yo fui despedido el día siguiente.....

Afectado el buen Ambrosio, cesó de hablar por algunos instantes; los marineros respetaron el silencio del honrado servidor.

(Se continuará.)

EL CUENTO DEL ABUELO.

En las eternas noches que sigan á los breves y nebulosos días del invierno, cuando la nieve dibuja como con un perfil de plata los desiguales tejados de la aldea y el viento zumba agitando las oscuras copas de los pinos, la vida se encuentra en el hogar, que nunca mejor que entonces puede llamarse el verdadero templo de la familia.

La llama roja y azul se ha chisporroteando al rededor de los encendidos troncos; la inquieta luz que despide hace danzar sobre el muro las sombras de los que rodean el fuego, y al compás de los extraños chasquidos del roble que arde, del monótono rumor de la lluvia que desciende y del viento que meca los desvencijados tableros de las ventanas, despierta y se alza alegre de entre las calientes cenizas el genio del hogar y brota espontánea la flor de la velada, *el cuento del abuelo*.

El dibujo que ofrecemos hoy á nuestros lectores es una de esas escenas que, sorprendidas por el artista al penetrar en la vida íntima de los pobres labriegos castellanos, dejan un grato sabor de tranquila felicidad en el alma, sabor especialísimo de verdad y sencillez.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

EN ZARAGOZA.

En este número damos la vista del suntuoso templo del Pilar de Zaragoza.

Refiere la tradición que en el año 40 de nuestra era, imperando en Roma Calígula y predicando el apóstol Santiago en Zaragoza, se le apareció la Virgen, en la noche del 2 de Enero, Hallábase el apóstol arando á orillas del Ebro, y mandó en aquel mismo sitio se levantase un templo en honor de la Virgen.

Con arreglo á aquel precepto se originó en aquel sitio una capilla de diez y seis pies de largo y ocho de ancho. En 1686 se colocó la primera piedra del vasto edificio que hoy admira y venera Zaragoza, el cual tiene la forma de un paralelogramo rectángulo de quinientos pies de longitud con tres espaciosas naves.

En 1753 se construyó una nueva capilla para la Virgen, formando un hermoso templete aislado, de orden corintio, debajo de la cúpula principal y todo revestido de preciosos mármoles y jaspes. En el centro está la imagen de la Virgen.

La devoción que en Zaragoza se conserva á la Virgen del Pilar es extraordinaria y ha llegado á formar una parte del carácter de los zaragozanos.

La Virgen preside á todas las fiestas, es el amparo y el escudo de Zaragoza en todas las calamidades, la expresión muchas veces del entusiasmo nacional, del anhelo de independencia y de todas las grandes convulsiones que han agitado aquel pueblo.

EN LA CORTEZA TERRESTRE.

Una de las exploraciones subterráneas más memorables por sus dramáticos accidentes, es, sin duda alguna, la realizada en 1859 por un jóven (natural de Louisville, en los Estados-Unidos), en una sima llamada *Maelstrom*, que existe en las famosas cavernas denominadas del *Mammoth*, en el Estado de Kentucky. El dueño de ellas, Mr. Preethor, venía desde mucho tiempo ántes de la fecha indicada ofreciendo gruesas sumas como premio á los que explorasen aquel temeroso abismo; pero á pesar de cebo tan incitativo, pocos exploradores se presentaron á acometer la empresa, y de éstos, ninguno consiguió llevarla á cabo. Estaba reservada esta gloria al jóven audaz de que procede hecha mención.

Dotado de un carácter completamente inaccesible al miedo, formó el propósito de realizar la aventura. Auxiliado al efecto por algunos amigos, entre ellos el doctor Wright, y provisto de una cuerda adquirida en Nashville, encaminóse á la boca del *Maelstrom*, situado en el interior de las cavernas, á nueve millas de su entrada.

Se dió principio á la exploracion atando á un extremo del cable una gran piedra, que se hizo descender por el tenebroso abismo, golpeando con ella sus paredes para que se desprendieran las rocas poco seguras en sus asientos, y evitar que despues verificasen su caída sobre el audaz viajero.

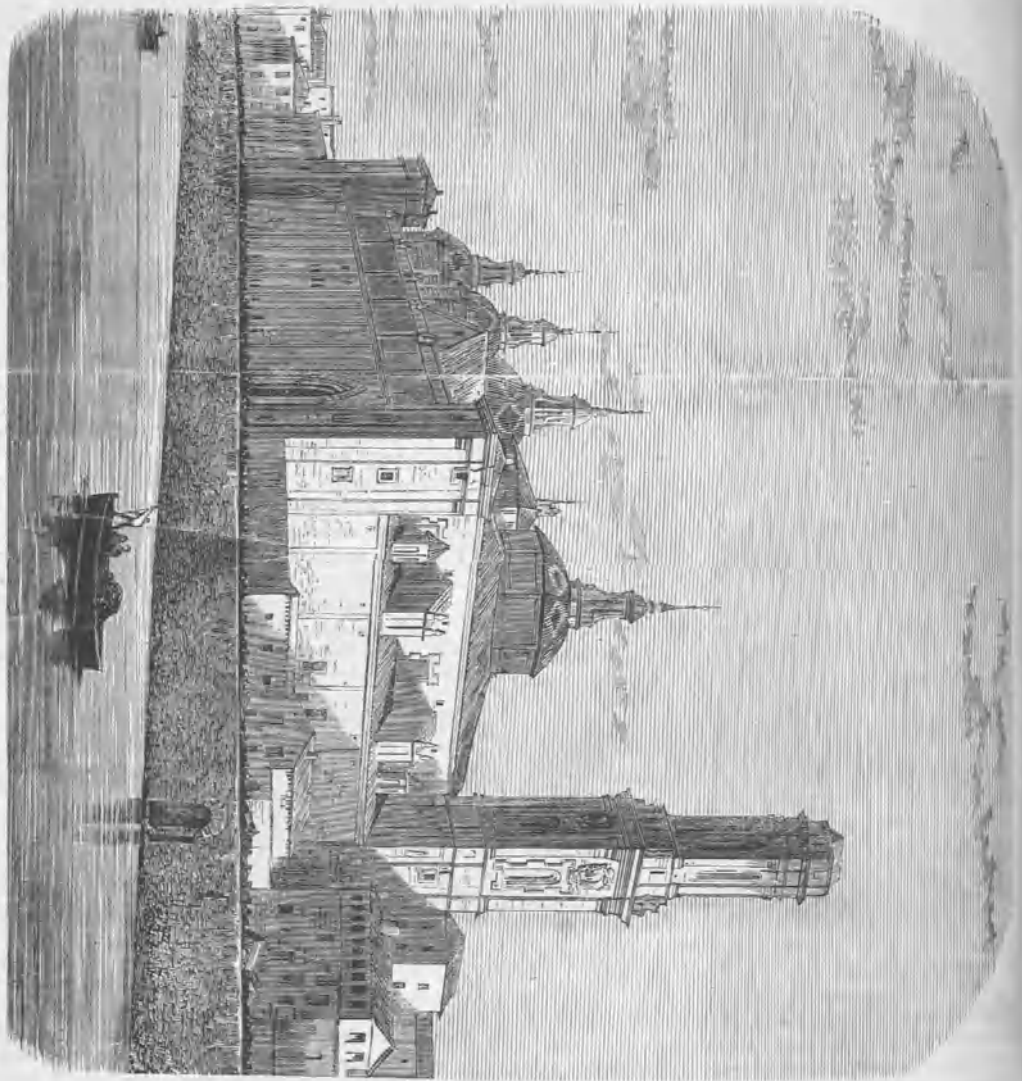
Muchas rodaron al fondo de la sima con espantoso fragor, parecido al continuado resaca del trueno. Este hecho hizo estremecer á los que le presenciaron; sólo permaneció tranquilo é indiferente el atrevido James, que así se llamaba el jóven explorador.

Despues de aquella operacion preliminar, cñóse el viajero á la cabeza una especie de turbanta acolchado para preservarse de las piedras que pudieran caer sobre él, y atado por la cintura, provisto de una linterna, empezó á descender dentro del abismo. La cuerda, enrollada á un torno, haciale avanzar lentamente en su descenso.

Numerosos guijarros y gran cantidad de piedras desprendíase á cada momento al rededor del valiente jóven, sin que, afortunadamente, ninguno de aquellos fragmentos le hiriese. Como á treinta pies distante de la boca, distinguió, á favor de su linterna, una plataforma de la cual partían tres túneles en diversos sentidos. Anotó en su cuaderno esta circunstancia, y siguió descendiendo. Á los cien pies descubrió un enorme caudal de agua que caía al abismo con espantable rumor; la menuda lluvia en que se diseminaba á cierta distancia, bañaba el rostro y empapaba los vestidos del osado jóven.

Los que auxiliaban desde arriba su descenso, refirieron de pronto instintivamente la cuerda, porque llegó á sus oídos un ruido sordo y prolongado que repercutía con diferentes gradaciones las paredes de la honda sima. Acababa el atrevido James de llegar á la profundidad de ciento cincuenta pies, cuando desprendíose una gran roca que con pavoroso es-

EL PILAR DE ZARAGOZA.

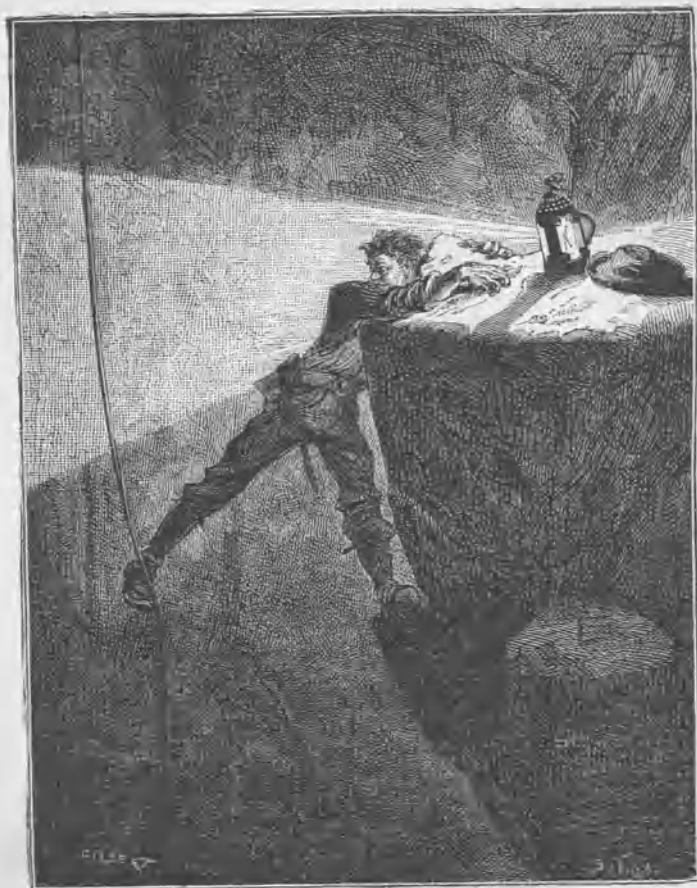


truendo bajó al abismo; en poco estuvo que no fuese aplastado por ella el viajero, pues recibió una contusión bastante fuerte.

Continuó, sin embargo, descendiendo; el ambiente hacíase cada vez más enrarecido é irrespirable. A ciento sesenta y tantos piés, la enorme avalancha de

agua tomaba una dirección horizontal. James la sentía rugir y agitarse, no debajo de sus piés, como antes, sino á su costado.

De esta suerte, sepultado en las entrañas de la tierra, rodeado de peligros, falto de aire, envuelto un instante en las aguas del torrente, pudo descen-



Casi suspendido sobre el abismo...

der á ciento noventa y nueve piés; en este punto observó que el fondo del *Maelstrom* es de forma circular y como de diez y ocho piés de diámetro. Una angosta abertura da acceso á otra cavidad más pequeña.

Recogió algunos trozos de sílice negra y de estalactitas, tan diáfanas como el más puro y trasparente cristal, é hizo seña para que le izasen. Cuando llegó á la plataforma de las galerías, decidióse á explorar una de ellas; para hacerlo más libremente, se desató la cuerda de la cintura sujetando el extremo con la mano; pero al saltar una ancha grieta para penetrar en la galería, se le escapó la cuerda que recobró entonces su nivel perpendicular.

De siniestros augurios era aquel accidente, empero el valeroso explorador no pierde su sangre fría; hizo un gancho con el asa de su linterna, y afianzóse despues al pié, con lo cual, casi suspendido sobre el abismo, consiguió apoderarse de la cuerda y atarla sólidamente á una roca.

Animoso y sosogado, como si no acabára de correr un gran peligro, exploró la galería en toda su extensión; al fin, transido de frío, extenuado de fatiga y viendo que se iba á apagar la linterna, volvió á la entrada de la galería, y despues de grabar su nombre en el duro basalto, hizo la señal de ascender. Un nuevo peligro le amenazaba: como á noventa piés del orificio del *Maelstrom*, oyó de pronto sobre su ca-

beza exclamaciones de espanto y estas terribles palabras:

—¡ Agua, agua! ¡ La cuerda se quema!

En efecto, el roce sobre el torno de la cuerda había inflamado; el audaz viajero iba á encontrar la muerte en aquel abismo; por fortuna suya, uno de los circunstantes llevaba consigo una calabaza llena de agua con aguardiente, y pudo dominarse el conflicto.

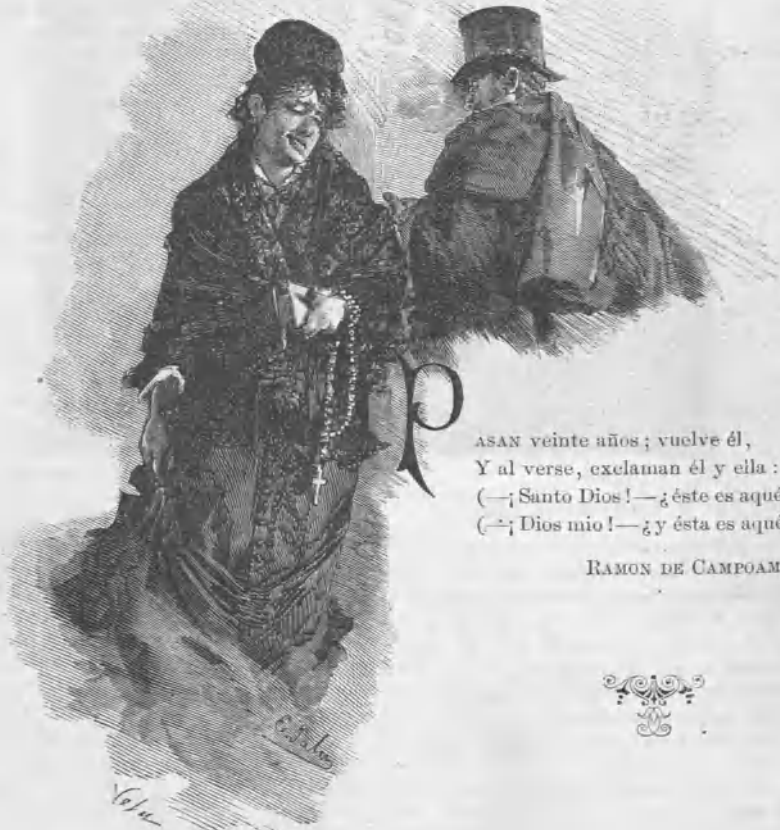
Cuando el jóven americano se presentó á la entrada del abismo, estaba tan sereno como en el instante de la partida. Habiéndole tomado el doctor Wright

el pulso, encontróle en su estado normal. Los testigos del hecho se conmovieron más que el mismo protagonista, á extremo tal, que cayeron en el suelo rendidos de emoci6n y de fatiga.

James se contentó con ponerse un traje de abrigo y bebiendo un trago de ron, contó despues todos los pormenores de su viaje, cuyas peripecias nadie sospechaba todavia. Al terminar su relato, vió que el doctor Wright se habia desmayado miéntras le escuchaba.

J. M. FUENTES.

COSAS DEL TIEMPO.



ASAN veinte años; vuelve él,
Y al verse, exclaman él y ella:
(—¡ Santo Dios! —¿ éste es aquél?...)
(—¡ Dios mio! —¿ y ésta es aquélla?)

RAMON DE CAMPOAMOR.



ORÍGEN DE ALGUNOS GRANDES HOMBRES.

Epicuro: Uno de los más célebres filósofos de la Grecia, fué hijo de un pastor.

Demóstenes: El famosísimo orador de Atenas, de un herrero.

Luteró: De un minero.

Lafitte: Banquero riquísimo, hombre de Estado, afín de la revolución francesa de 1830, ministro de Luis Felipe y fundador de la Caja de Ahorros, debió el ser á un pobre carpintero.

Sisto V: Uno de los más grandes Pontífices del cristianismo, fué hijo de un porquero.

Mahoma: Gran legislador y famoso guerrero, fundador de la religión mahometana, fué arriero en su juventud.

Sócrates: Fué hijo de un escultor sin fama.

Viriato: Fué pastor.

Virgilio: El príncipe de los poetas latinos, fué hijo de un posadero.

J. J. Rousseau: De un relojero.

Murat: Rey de Nápoles, de un posadero.

Eusebio: Uno de los hombres de Estado que más honran á España, de un osado labrador.

Cromwell: Protector de la república de Inglaterra, de un cervicero.

Shakespeare: De un carnicero.

Cristóbal Colón: De un cardador de lanas.

Enju: Fué esclavo en su juventud.

Molière: Fué sastro.

Alberoni: Político profundo, ministro español y príncipe de la Iglesia, era hijo de un jardinero.

Eurípides: De una verdolera.

Cook: El gran navegante, fué criado de una quinta.

Linneo: El famoso naturalista, debió el ser á un abate de aldea, y pasó su infancia de aprendiz de zapatero.

Franklin: El inmortal físico, político y naturalista, era hijo de un jabonero y trabajó de cajista en una imprenta.

Epicuro: Famoso filósofo, fué esclavo.

Catalina: Emperatriz de Rusia, fué en su juventud cantinera de ejército.

LO QUE SON LAS MUJERES.

La mujer es una rosa en la pubertad, un árbol frondoso en la adolescencia, y un apóstol obligado de la religión en la senectud.

La mujer sin cultura es como la flor sin fragancia.

Una coqueta es peor que un dolor de muelas para los que tienen la desgracia de conocerla.

Una mujer veleídosa hace más estragos que un cañon rayado.

Á la mujer barlona le sucede lo que á la peste, que todo el mundo huye de ella.

Una mujer orgullosa es peor que un mastín á la puerta de un caserío.

Una mujer loca es el infierno continuo de su familia.

Segun Voltaire, las mujeres son como las veletas: cuando se enmohecen, es cuando empiezan á estar lijus.

Habiéndole preguntado á Milton por qué en ciertos países puede un príncipe ser coronado rey á los catorce años y no puede casarse hasta los diez y seis, respondió el poeta que porque es más fácil gobernar un reino que á una mujer.

Todas las mujeres, decía Publío, son amables fuera de casa; han aprendido á llorar para mentir mejor.

Quevedo nos dejó hecho este encargo: si encontras á muchas mujeres riñendo, alargad el paso.

EPIGRAMAS.

Es muy sabio mi médico Medina,
Baila bien, canta bien, es buen jinete,
Maneja la pistola y el florete,
¿Lástima que no sepa Medicina!

De los cincuenta no baja,
Y áun tiene doña Anacleto
La dentadura completa.....
Guardadita en una caja.

A. RIBOT.

LOS VOLCANES DE FANGO

DEL DESIERTO DEL COLORADO.

Los Estados del Oeste de la Union Americana y los territorios vecinos son ciertamente las comarcas, no sólo de los Estados- Unidos sino de la América, que presentan el conjunto de bellezas naturales más sorprendentes y extrañas.

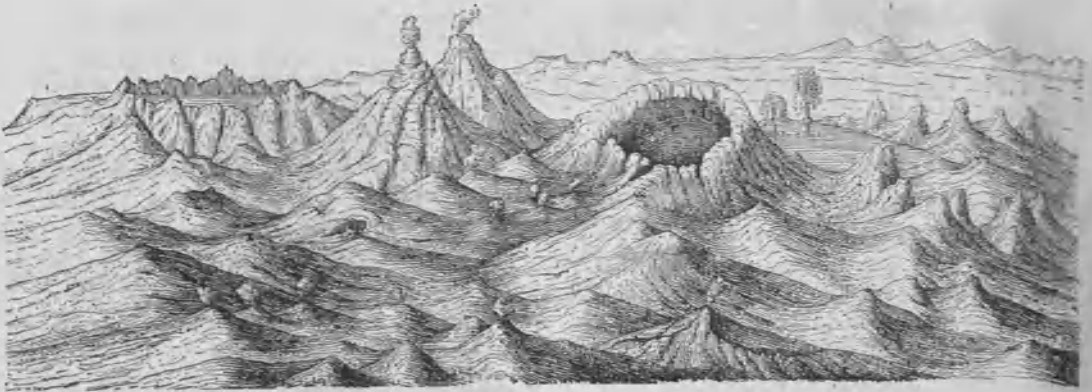
Para llegar al sitio donde se observa el curioso fenómeno cuya descripción vamos á hacer, es preciso atravesar un desierto arenoso y salino, y sin la menor vegetación.

Por todos lados se extiende á lo lejos la soledad, inmensa y desolada; áridas montañas forman el fondo del cuadro.

Se encuentra primero el monte Parly, de seiscientos pies de altura; es un volcan apagado cuyo cráter tiene próximamente un centenar de pies de profundidad. Haciendo diez millas más en la dirección del Sudeste, entre sulfatorias que humean aquí y acullá, se encuentra un paisaje extraordinario representado en nuestro grabado.

En el centro, el hervor de las olas negras de un lago de fango en continuo movimiento y proyectando de rato en rato un chorro de liquido espeso; al rededor, los eráteres por centenares elevan sus conos de fango seco, de color gris. Los conos tienen de tres á seis pies de altura y de cinco á veinte de diámetro.

La temperatura del fango y la de los vapores sulfurosos, es de 210° grados, poco más ó ménos.



VOLCANES DE FANGO.

PENSAMIENTOS.

La risa de Cervántes mató la caballería española.
BYRON.

Una buena conciencia es la mejor de las almu-
hadas.

ANÓNIMO.

Nunca muere el amor de necesidad; pero si con
frecuencia de indigestion.

NINON DE L'ENCLOS.

El año que viene es una pompa de jabon matizada,
que tal vez reventará ántes de llegar á nosotros.

H. WALPOLE.

El átomo es el mundo á los ojos del matemático.

LOOKE.

El amor es ser dos y no ser más que uno; un hom-
bre y una mujer que se funden en un ángel; es el
cielo.

VICTOR HUGO.

El amor es el único bien que no se puede apreciar;
el amor es el único mal para el que no se encuentra
remedio. Pintadle como un monstruo peligroso, re-
presentadlo como un Dios bienhechor y lo encontra-
réis perfecto en uno y otro retrato.

DE BERNIS.

El amor es un niño grande; la mujer, su muñeca.

El amor es un capricho de cualquier día.

VOLTAIRE.

El amor son las alas que Dios da al hombre para
que suba hasta Él.

LEREUX.

El amor es un contrato como el matrimonio.

JORGE SAND.

Solucion á la charada del número anterior.

RAMONA.

JEROGLÍFICO.



La solucion en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—El cuento del abuelo.—Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza.—Casi suspendido sobre el abismo.—Cosas del tiempo por Campoamor.—Volcanes de fango.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jerglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco Luis Boussebard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y sapeñoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—El cuento del abuelo.—Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza.—En la corteza terrestre.—Cosas del tiempo, por Campoamor.—Origen de algunos grandes hombres.—Lo que son las mujeres.—Epigramas.—Los volcanes de fango.—Pensamientos.—Solucion á la charada.

MADRID, 1884.—El. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
IMPRESORES DE LA REAL CASA.